

A + 2a 6-14-19 a 24
May 1-7 a 13-15 a 18 (12)



ÉPOCA 3.^a — AÑO VI. — TOMO VI.

NÚMERO 1.^o — Madrid, 5 de Julio de 1882.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.		
MADRID Y PROVINCIAS.		
Tres meses.....	16 rs.	
Un año.....	60 "	
CUBA Y PUERTO-RICO.		
Seis meses.....	2 ½ ps.	
Un año.....	4 "	

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

HERNANDEZ
MUSEO
MUSEO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.		
EXTRANJERO.		
Seis meses.....	11 fr.	
Un año.....	21 "	
FILIPINAS Y MÉJICO.		
Seis meses.....	3 ½ ps.	
Un año.....	6 "	



SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII.

(De fotografía.)

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

TEXTO. — Desde lejos, por Nulema. — Crónica, por D. Damian Isern. — Iconografía cristiana: La imagen de Jesucristo, por D. Manuel Pérez Villamil. — Consejos a mis hijos, por D. Antonio de Courtois. — La cuna (poesía), por D. Antonio Ros Romero. — Un convite romano, por D. Ernesto de Bergue. — Los grabados. — Breves noticias de la arquitectura y época de la edificación de la iglesia de San Juan Bautista de Amandi, en Villavieja. — Moisés (poesía), por D. Juan Zorrilla de San Martín. — La señorita de Newville (novela), por Matilde Bourdon. — Revista de conocimientos útiles. — Miscelánea. — Anuncios.

GRABADOS. Su Santidad el Papa León XIII (de fotografía). — Sesión celebrada por la Academia de los Arcades de Roma para solemnizar el centenario de Metastasio. — Arabi-Bey. — Reclutamiento de tropas en Egipto. — Santuario de Nuestra Señora del Camino en la diócesis de León.

DESDE LEJOS



LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA entra en su tercera época. Poco a poco, ó más bien paso á paso va haciendo su camino, tropezando con mil obstáculos que pueden reducirse á uno solo: la indiferencia religiosa y patriótica.

Concíbese que haya gentes tímidas ó egoístas que no quieran suscribirse á un periódico católico-político; pero esta misma circunstancia debería favorecer el desarrollo y propagación de una revista católica sin carácter político, encaminada única y exclusivamente á la restauración de las ideas, de las costumbres y de los monumentos de la España antigua.

Por desgracia, esta nación católica, que dió en otro tiempo ríos de sangre para salvar su religión y su independencia, escatima hoy los céntimos á las obras católicas, que arrastran una vida lánguida y precaria á la orilla del torrente de la impiedad, que se precipita sobre la sociedad con el brío y estruendo de inmensa catarata.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que no es una empresa industrial, gasta todo y más de lo que recibe en costear sus trabajos y en mejorar sus obras. ¿No es un dolor que al cabo de seis años no pueda todavía ponerse á la altura de las mejores revistas de su género?

La indiferencia se ha apoderado de todos los ánimos, y quedan pocos españoles que se afanen por la restauración de las costumbres, y la conservación y gloria de los monumentos españoles.

— He aquí, decimos nosotros, un claustro bizantino ó gótico que desaparecerá en breve, barrido por el soplo de la impiedad.

Y muchas gentes egoístas, encogiéndose de hombros, exclamarán:

— ¿Y qué?

Cuando se estrenó el drama del duque de Rivas *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, hallábanse muy empeñadas las discordias entre clásicos y románticos. Un clásico, muy severo y rígido, con semblante de Aristarco, ocupaba una butaca próxima á la de Espronceda. Comenzó el drama, y el adusto discípulo de Horacio comenzó en voz alta y provocativa á enumerar las víctimas:

— ¡Un muerto!... ¡Dos muertos!... ¡Tres muertos!

Espronceda, romántico decidido, y por ende partidario del drama, se levantó, y dirigiéndose al severo censor, exclamó:

— Caballero, ¿son parientes de usted los difuntos?

Cuando en esta horrible tragedia á que estamos asistiendo vemos caer uno tras otro los monumentos nacionales, el grito de dolor que sale de nuestro pecho suscita también exclamación muy semejante.

— ¿Era propiedad de usted el monumento destruido?

El generoso amor, el noble entusiasmo por las glorias religiosas y nacionales ya no se explica, porque el positivismo grosero y carnívoro de nuestro tiempo va devorando las fibras del corazón y acabando con los más puros afectos del alma.

He aquí por qué LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA progresa con tanta lentitud; fáltale por una parte el empuje de muchas voluntades entusiastas y generosas, y además el camino que recorre se halla tan cubierto de escombros y ruínas que cuesta un triunfo el poner el pié en seguro y afirmarlo para seguir adelante.

El amor no quita conocimiento, y nosotros comprendemos las faltas que todavía tiene nuestra Revista; pero estas faltas se remedian con dinero, y sin mucha suscripción sería arrojar la casa por la ventana el querer competir con empresas formidables, apoyadas en muchos miles de suscritores.

Vengan en nuestra ayuda los que en nuestra patria aman el arte cristiano, las costumbres antiguas, los monumentos de nuestra historia, los blasones de nuestros padres, y el verdadero y legítimo progreso de la civilización cristiana, y LA ILUSTRACIÓN será digna de su nombre, y de las glorias y tradiciones de España.

Nos dicen de la Corte que ha comenzado en grande escala la emigración veraniega.

El lujo más bien que el calor empuja este movimiento de emigración, que arrebató fuera de Madrid á muchos miles de familias, comprometidos por su posición, ó más claro, por sus preocupaciones de vanidad á gastarse los cuartos en un viaje de recreo, siquiera sea á los alrededores de Carabanchel.

Comprenderíamos muy bien que el calor hiciese emigrar de Madrid á los pobres que viven en las buhardillas, ó á la clase media, que tiene tasado el aire de sus habitaciones; pero los ricos, que disfrutan de las comodidades de palacios, jardines, coches, baños y completo reposo, si salen de Madrid es por lujo, porque los viajes son caros, y no es persona *comm'il faut* la que no despilfarra sus rentas en satisfacer necesidades de la moda.

Y como el gran mal de nuestro tiempo es que nadie quiere conservarse en su posición, que la fuente quiere ser arroyo, el arroyo río, y el río Océano, resulta que muchas familias tienen que pasar la pena negra y sudar la gota gorda para poder emigrar, sacrificando el bienestar de diez meses al malestar de un lujo de sesenta días pasados en el extranjero.

En Francia y en otros países, los propietarios que viven en las grandes ciudades aprovechan el verano para visitar sus posesiones y estar á la mira de la recolección de las cosechas; pero aquí, salvo algunas excepciones laudables, la temporada de verano se ha de pasar en las estaciones de moda, gastando mucho en las fondas y desplegando más lujo que nunca.

Ya que tanto se afanan los elegantes y opulentos en seguir las costumbres francesas, ¿por qué se ha de tomar lo malo y dejar lo bueno, cuando lo malo corrompe y arruina, y lo bueno sería saludable y fecundo?

La vanidad no reflexiona, y corre al abismo con los ojos cerrados, abriéndolos después para medir la altura de su caída.

Con motivo de la estadística que acaba de publicarse de los cadáveres extraídos del Támesis durante los últimos cuatro años, que llegan á 2.000, la prensa inglesa discute en estos momentos las causas del aumento de los suicidios.

El *British medical Journal*, periódico protestante, ha escrito estas líneas, que han causado profunda sensación: «El delito del suicidio es en Inglaterra mucho más frecuente entre las clases ilustradas que entre las no ilustradas; de suerte que el número de suicidios parece estar en razón inversa de la instrucción y de la cultura del pueblo, y hasta parece que la frecuencia con que este crimen se comete es uno de los castigos que la llamada civilización ha traído sobre la sociedad.»

El pensamiento es incompleto, porque no son la instrucción y la cultura verdaderas la causa de los suicidios, sino esa falsa ilustración que ha traído el espíritu moderno, por la cual los pueblos pierden la fe religiosa, entregándose al materialismo y á la desesperación.

Más ilustrado, incomparablemente más ilustrado era el pueblo de Madrid que se recreaba con los autos sacramentales, nutridos de ideas filosóficas y de la más alta teología, que el que ahora se divierte con las bambalinas y bailes de las *Mil y una noches*; y sin embargo, aquel pueblo apenas conocía el suicidio, mientras que éste lo considera ya como un fenómeno diario.

Strauss, el impío sofista alemán, precursor de Renán, lo ha dicho con ingenua franqueza. «Los suicidios son debidos á la pérdida de la fe en la Providencia, uno de los daños más sensibles que se han originado del abandono de la Religión cristiana.»

¿Y qué merecían estos escritores que, pensando así, han procurado y procuran arrancar la fe del corazón de los pueblos?

Pero si el abandono de la Religión cristiana es la causa capital de los suicidios individuales, lo es también, y de un modo más ostensible, del suicidio de la sociedad, que se aniquila y destruye con sus propios inventos.

A medida que nos separamos del sol de la verdad, nos hundimos en tinieblas; con el último rayo de luz, el último soplo de vida.

Ya se ha publicado el tema que se discutirá en el curso próximo en la sección de Ciencias morales y políticas del Ateneo de Madrid; es el siguiente:

«Si el principio de la energía en el organismo social, y la ley de la lucha por la existencia en el individuo, son bastantes fundamentos para construir sobre ella (*sic*) toda la ciencia sociológica moderna.»

Es, como observarán nuestros lectores, un tema de filiación krausista, que da quince y raya á los famosos logogrifos que trastornaron la cabeza de Don Quijote.

El principio de la energía en el órgano ú organismo social, debe ser el entonador que mueva el fuelle; la ley de la lucha por la existencia debe ser la del embudo, por aquello de que cada cual arrima el ascua á su sardina; y en cuanto á ella, no sabemos quién será ella; pero si ella es la ciencia sociológica moderna, hay que convenir en que no está bien construida.

Parécenos estar viendo á más de cuatro ateístas macerarse los sesos este verano para descifrar y explicar en una serie de discursos la importancia trascendental del asunto, ó sea de la ciencia sociológica, «que, como tal ciencia (copiamos á Krause), procede de una primera certeza subjetiva, levántase desde la conciencia del yo sin nada de arbitrario, camina gradualmente conforme á la esencia de las cosas, y se remonta al conocimiento del principio.»

Y desde esas alturas (esto es nuestro) viene á tierra como Icaro, derretidas las alas de la vanidad, para servir de espectáculo y de escarmiento á las inteligencias sanas y á cuantos conservan el sentido común.

El Congreso ha suspendido sus sesiones, porque el calor ahuyentaba á los padres de la patria.

En los últimos días, según dicen los periódicos, el número de diputados era la mitad menos que el número de los grandes escafos.

De donde resulta que las sesiones más acaloradas son las más frías.

Esta paradoja no debe sorprender á nadie, cuando nos hemos visto obligados á admitir como evidente esta otra, que parece más rara: La más elocuente expresión de la tiranía es este grito: ¡Viva la libertad!

Los padres de la patria se han dispersado como bandada de pájaros; el Sr. Castelar ha tirado para el Norte.

La política dormirá una siesta de tres meses, y se despertará en la época de la vendimia.

Mientras la política descansa de sus campañas de invierno, los españoles pacíficos nos quemaremos la sangre y sudaremos la gota gorda.

Los políticos emigran, pero la política se queda en casa.

— Es indudable que las contribuciones han bajado desde la época de nuestros abuelos — decía ayer un labrador marrullero á varios de sus convecinos, que se lamentaban de lo contrario.

— ¡Qué disparate! — gritaron todos.

— Nuestros abuelos pagaban por *diezmos*; nosotros pagamos por *céntimos*.

— Pues, ¡ay de nosotros — exclamó uno — del día en que se pague por milímetros!

Hojeando hoy una crónica del tiempo de Enrique IV de Francia, hemos leído una anécdota que merece recordarse.

Cierto político ponderaba al Rey, que acababa de subir al trono después de las vicisitudes que todos saben, los grandes servicios que había prestado á su causa. Enrique, algo cargado, exclamó:

— Cualquiera que os oyese, creería que me habíais puesto la corona en las sienes.

— Señor, no tanto — contestó el político — pero la verdad es que no me opuse.

NULEMA.

CRÓNICA

Hace largos años que Europa tiene fija la vista en Oriente, como si esperase ver brillar de un momento á otro la aurora de mejores días.

Y sin embargo, en el horizonte sólo se ven anuncios de nunca desvanecida tormenta. Si alguna luz de tarde en tarde aparece en lontananza, se apaga al momento al soplo de desencadenadas ambiciones. ¿Quién no recuerda lo que ha sucedido con todos los Congresos y Conferencias diplomáticas que han tratado de resolver pacíficamente la llamada cuestión oriental?

Es natural, pues, que la diplomacia turca, que al fin se ha convencido de que nada bueno puede esperar del perpetuo egoísmo del Gabinete de Londres y de la poca seriedad del de París, no quiera perder el tiempo tomando parte en la Conferencia diplomática reunida dentro de los muros mismos de Constantinopla.

Quizá no pequemos de maliciosos si afirmamos

que la estrecha amistad que existe entre la Puerta y el gran canciller de Alemania ha influido no poco en esta conducta de los diplomáticos otomanos.

Turquía sabe que Alemania y su aliada Austria necesitan de sus ejércitos para contener dentro del actual cauce el torrente embravecido del panslavismo revolucionario, que á las tres por igual amenaza con devastadora inundación; ¿qué extraño puede parecer á nadie que trate de sacar el mayor fruto posible de las circunstancias en que se halla colocada?

Las últimas noticias son que la Conferencia diplomática va á encargar á Turquía que ocupe militarmente las principales plazas de Egipto, y que sea centinela vigilante de la seguridad de los europeos residentes en aquel antiquísimo Reino.

Esta vez el derecho ha triunfado de la ambición, aunque no por ser derecho, sino por convenir así á los más fuertes.

Arabi-Bey está de enhorabuena.

Va que hablamos de Turquía, debemos hacer constar un hecho que ha llamado la atención de todos los hombres pensadores de Europa.

En Constantinopla, como en todas las poblaciones de importancia del imperio otomano, pudieron celebrar pública y solemnemente los católicos la procesión del *Corpus Domini*, sin que ni las autoridades ni los infieles les opusieran la menor dificultad. Antes bien, según refieren los diarios armenios, así católicos como cismáticos, lo mismo los poderes públicos que el pueblo, se esforzaron en tan memorable ocasión por mostrar á los católicos, no sólo su tolerancia, sino también su benevolencia.

En la ciudad del Sultán tropas turcas dieron la escolta de honor á la procesión, que atravesó las principales calles en medio del orden más completo, y agentes de la policía otomana se repartieron por el trayecto á fin de impedir el menor contratiempo.

Los mahometanos de Turquía daban elocuente lección á Gobiernos que se llaman cristianos, sin profesar, ni mucho menos, la fe de Cristo.

Los sectarios de Francia prohibieron en casi todas las ciudades de aquella desdichada República, con los más fútiles pretextos, que las procesiones del *Corpus Domini* salieran del sagrado recinto de las iglesias. La mayor parte de estas prohibiciones se fundaron en la teoría de la libertad de cultos.

En cierto sentido es lógico que una teoría que permite á los masones celebrar pública y solemnemente las fiestas de su ritual, impida á los católicos salir por las calles en procesión.

El fanatismo de los sectarios es de peor especie que el de los infieles.

Los hechos lo prueban.

Según refieren varios periódicos de Constantinopla, el Gobierno turco, inspirando su conducta en principios de elevada justicia, ha concedido al Prelado de Trebizonda una subvención extraordinaria para reparaciones de templos.

La subvención no es grande; pero sabido es que las iglesias de Trebizonda son pequeñas, y que el tesoro del Sultán se parece á la caja de provisiones de un buque cuyos tripulantes están desde hace meses á media ración.

Turquía ha hecho lo que ha podido, y en realidad no estaba obligada á más.

Mientras así obran los otomanos, la Cámara de diputados de Francia discute y toma en consideración una proposición de M. Delattre, en que este conocido demagogo pide la derogación de la ley hecha por la Asamblea nacional, en 24 de Julio de 1873, sobre erección de una iglesia, en Montmartre, dedicada al Sagrado Corazón de Jesús.

«Los católicos han gastado en la erección de esta iglesia diez ó doce millones; pero esto ¿qué importa?» dice M. Goblet, ministro del Interior de la República. «Les devolveremos estos millones, añade, y obtendremos el derecho de derribar el templo.»

«Esta iglesia, grita el ciudadano Massip, es una botetada dada en la mejilla de los parisienses, que á todas horas tropiezan con templos del fanatismo en vez de ver levantarse santuarios al libre-pensamiento y á la libertad de conciencia.»

No faltan diputados que advierten que es un peligro para la República dar doce millones de indemnización á los católicos, hoy que éstos están librando terrible batalla al Gobierno en el terreno de la enseñanza primaria, fundando una escuela cristiana libre enfrente de cada escuela oficial secularizada.

La observación no cae en saco roto.

Preparémonos á ver confiscada la iglesia del Sagrado Corazón de Montmartre, sin que perciban indemnización de ningún género los que se han im-

puesto toda clase de sacrificios para hacer posible la construcción de esta iglesia.

Hace tiempo que los republicanos franceses borraron de su moral pública el séptimo mandamiento de la ley de Dios.

Tratan en Italia ciertos liberales, como el señor Crispi, de sustituir el culto de la Religión por el culto de la patria.

Este señor ha dicho recientemente en un discurso que la falta de este nuevo culto es una de las causas de que el pueblo siga siendo católico, y su órgano en la prensa repite un día y otro día: «El esplendor con que se celebran las funciones religiosas en las grandes basílicas, atrae á las almas enamoradas de lo bello: construyamos grandes templos, coloquemos en ellos las imágenes de los grandes hombres, y las iglesias católicas quedarán desiertas.»

A renglón seguido propone que se organicen en todas partes «peregrinaciones á la isla de Caprera, en que ha muerto el primer patriota de estos tiempos.» Así espera herir de muerte las peregrinaciones á los sepulcros de San Pedro y San Pablo, y á la basílica de San Lorenzo, en que se hallan depositados los restos mortales de Pío IX.

Pero los radicales hacen poco caso de estas predicciones.

En vez de perder el tiempo en organizar el culto de la patria, reparten en Módena millones de manifiestos socialistas y republicanos, y en Nápoles, y en Mantua, y en Turín y en cien otros puntos sostienen viva la agitación popular por medio de continuos desórdenes en que dan muerte á la Monarquía y vitorean á la República, y hacen circular por la prensa la noticia de que Garibaldi ha muerto con el sentimiento de que Niza pertenece todavía á Francia.

Ha venido á dar su verdadero carácter á este inmenso movimiento revolucionario lo sucedido en Génova.

Tratábase de inaugurar en aquella ciudad un monumento dedicado á perpetuar la memoria de Mazzini. Presentose á la inauguración un círculo anticlerical, enarbolada una bandera negra con la imagen de Satanás.

He aquí la bandera propia de la revolución italiana, aún mejor que de todas las otras revoluciones.

Cuando en medio de espantosa borrasca se ve brillar á lo lejos un rayo de luz consoladora, los corazones se abren á la esperanza.

Este rayo de luz, que anuncia mejores días, es para nosotros la voz de León XIII, recomendando á los católicos que trabajen incesantemente en la obra de la restauración cristiana de la sociedad, y los esfuerzos que hacen los católicos en Alemania, en Italia, en Austria, en Bélgica, en Portugal, en Francia, por restablecer el imperio social de Jesucristo.

En Alemania, á las victorias alcanzadas por nuestros hermanos hay que añadir un nuevo triunfo: Mons. Melchers, desterrado de su diócesis de Colonia por infracciones de las leyes de Mayo, va á ponerse de nuevo al frente de ella, para acabar con no pocos males que terriblemente la afligen.

En Italia, la obra de los congresos católicos, que sirve de lazo de unión á todas las demás obras católicas, ha terminado en estos días su organización en las provincias del Norte.

En Austria se ha convocado un Congreso católico, que tendrá por objeto sentar las bases de la organización de las fuerzas católicas de aquel Imperio.

En Bélgica se preparan convenientemente nuestros hermanos para rechazar los nuevos ataques del liberalismo sectario, que medita desde el poder la consumación de nuevos actos de tiranía revolucionaria.

En Lisboa acaba de celebrarse un Congreso católico, al que han asistido más de 2.000 personas, y del que han brotado los gérmenes de una poderosa organización de las fuerzas católicas del Reino.

También nuestros hermanos de Francia trabajan con esforzado ánimo por detener el carro de la Revolución. Hará el cielo, así lo esperamos, que sus nobilísimos esfuerzos no queden sin resultados satisfactorios en lo por venir.

El día 28 de Junio tuvo lugar en la sala Clementina del Vaticano una discusión filosófica, en que tomaron parte diversos alumnos de las instituciones de enseñanza católica de Roma.

La fiesta científica fué solemne. Los alumnos que tomaron parte en la discusión dieron pruebas de su profundo saber. León XIII honró y realzó el acto con su presencia.

Al terminar la sesión se puso en pie el Padre Santo y dirigió á la noble asamblea un breve discurso. Su tesis fué la siguiente: «Procuremos en primer término la restauración científica, que á ella seguirán las demás restauraciones.»

He aquí una verdad que debían tener siempre presente los católicos para procurar abrir en todas partes centros de enseñanza que en lo posible estuvieran á la altura de los establecimientos de enseñanza católica de Roma.

Sólo así se logrará mejor, como dice León XIII, que el rayo de luz que brilla en lontananza disipe en no lejano porvenir todas las tinieblas de errores que han acumulado sobre el mundo el pasado y el presente siglo.

DAMIAN ISERN.

ICONOGRAFÍA CRISTIANA

LA IMAGEN DE JESUCRISTO

I



El arte cristiano tiene por fundamento y por corona á Jesucristo, Nuestro Señor; por fundamento, en cuanto Él es el tipo de todo lo bello que existe en la creación; por corona, en cuanto de la soberana belleza del Hombre-Dios brotan los rayos purísimos de la luz sobrenatural, que inundan el arte con los resplandores del cielo. «Jesucristo, ha dicho un orador insigne¹, es á la vez cuerpo, alma y divinidad; cuerpo que resume en sí mismo la perfección de la belleza física, y concentra en su hermosa todas las bellezas esparcidas por el universo; alma la más pura y perfecta que ha existido nunca, que arroja sobre el Verbo Encarnado su brillo de grandeza, de amor y de castidad; divinidad, en fin, que penetra toda belleza física y moral, y forma á aquella figura, la más bella que se descubre en el horizonte de la historia, una aureola cuyo resplandor va creciendo en el espacio y en el tiempo, á medida que la humanidad multiplica en torno suyo los homenajes y adoraciones.»

Por esto Jesucristo, al unir en su sacratísima persona las dos naturalezas, divina y humana, ofreció al arte á un mismo tiempo el ideal de toda belleza y su más alta expresión. Capáz de ser representado por su imagen como un hombre cualquiera cuando se le figura según su naturaleza humana, fórmase inevitablemente una imagen de Dios.

«Esta imagen, advierte Grimoüard, merece el mismo respeto, la misma veneración, á la cual tendríamos derecho si pudiese expresar la naturaleza divina del mismo Redentor; tiene los mismos títulos para representarle, hablando en rigor; es decir, para hacer que se le considere como presente, y en este sentido se le dirijan todas las oraciones y súplicas que merece por su doble naturaleza².» De lo cual se desprende una observación importantísima para los estudios iconográficos, observación también fundamental en las teorías del arte cristiano. Y es que el valor de una imagen puede ser sólo moral, sin que tenga nada que ver en esto la exactitud y perfección con que el artista reproduce los rasgos del modelo; y puede además ser artístico, cuando la representación del original se realiza con las condiciones de la más alta belleza en la forma, y del más exacto parecido.

En este concepto, la imagen de Jesucristo, como la de todos los Santos, no recibe su valor principal del parecido ó semejanza que pueda tener con su modelo, sino de la intención del artista al ejecutarla, del lugar á que se destina y de los atributos que le acompañan, determinando su carácter. Por tosca y ruda que sea la imagen, cuando ha recibido las bendiciones de la Iglesia posee una como delegación sagrada que la hace acreedora á la veneración de los fieles. Ríanse cuanto gusten los impíos de esas toscas imágenes que rodean de *ex-votos* nuestros piadosos aldeanos, y con entusiasmo y devoción pasean por los campos en sencillas y santas procesiones; ríanse de esas efigies antiguas, legados piadosos de la Edad Media, que la devoción de nuestros padres ha conservado en las ermitas de nuestras montañas y en los altares de nuestras catedrales; ríanse de la superstición y rudeza del pueblo cristiano, que ante esas toscas imágenes se postra devoto y llora arrepentido sus pecados; que en los días de tribulación demanda de ellos el alivio á los males y el consuelo de las penas; que en las expansiones de la alegría y en los trasportes del entusiasmo, deposita ante sus altares los dones de la gratitud por los beneficios recibidos del cielo; la verdad es que esas rudas imágenes son tan venerables, á pesar de su tosquedad y desaliño, como las más acabadas de los artis-

1 P. Félix, *Conferencias*, 1867.

2 *Guide de l'Art chrétien*, vol. II, pág. 198.

tas cristianos; porque no son tanto la representación de una persona, como de una idea moral, que los ojos de la piedad, más expertos que los de los sabios, columbran á través de las formas imperfectas de la imagen erigida en los altares.

Fijado así el verdadero valor de la imagen, ya puede muy bien atenderse á su valor artístico, el cual en el arte cristiano, representando sobre todo á Jesucristo, es secreto tan alto y tan sublime que los genios más poderosos no han podido adivinarle. Porque si el arte, para expresar la belleza ideal, ha de servirse necesariamente de formas creadas, ¿dónde hay colores, líneas ó mármoles que puedan encerrar la Belleza misma, la Belleza infinita del que lo ha criado todo y ha esparcido por el universo los resplandores de su gloria? Verdad es que Jesucristo, en cuanto hombre, ofrece, como decíamos al principio, al arte formas materiales capaces de ser reproducidas por completo; pero, ¿cómo fijar en el lienzo ó en el mármol «aquel brillo y majestad de la divinidad oculta,» de que habla San Jerónimo, «que se traslucía en su rostro humano hasta cautivar á los que le veían?» La dificultad es insuperable, y por eso todos los esfuerzos de los artistas no han pasado de ser laudables, y aun sublimes ensayos, que han proporcionado, sin embargo, á las Bellas Artes incalculables maravillas.

Ello es que desde los primeros tiempos del Cristianismo, diga lo que quiera la adelgazada crítica de sabios meticulosos y descontentadizos, la imagen de su divino Fundador ha sido venerada por los fieles y reproducida en infinitos monumentos. Siguiendo los rasgos de la tradición, los artistas más ó menos rudos, según los tiempos, han representado á Jesucristo con formas tan bellas como les ha sido posible; pero estas formas han variado en el transcurso de los siglos, acomodándose en cierto modo á las necesidades de los pueblos. Ahora bien; estas transformaciones, ¿puede decirse que hayan sido radicales? No, por cierto; los rasgos de la fisonomía han sido por lo regular los mismos, como ajustados á un tipo tradicional de la belleza física del Salvador; lo que ha variado ha sido la actitud y disposición de la figura, que ha representado la misión salvadora de Jesucristo bajo diversas formas simbólicas. Este es un punto de iconografía cristiana tan interesante, que con sólo exponerlo ligeramente se da idea de las vicisitudes por que ha pasado la Iglesia y la sociedad cristiana en el transcurso de los tiempos. Comenzaremos por estudiar brevemente la parte invariable, digámoslo así, de las imágenes de Jesucristo, esto es, el tipo tradicional de su belleza física, para estudiar después las transformaciones de la imagen divina, ó sea la parte variable donde se encierra, en cierto sentido, la historia entera de la Cristiandad.

II

La verdadera imagen de Jesucristo nos es desconocida, porque no era posible, sin un milagro de su mano, que el pincel del hombre pudiese reproducir en el lienzo los rasgos admirables del Hijo de Dios. Aun cuando hubiese habido insignes pintores en el tiempo que habitó en la tierra que hubieran intentado retratarle, la obra resultaría imperfecta; porque una de dos: ó el pintor comprendía la belleza del modelo en toda su extensión y grandeza divina, en cuyo caso habría desfallecido en la empresa, ó la desconocía completamente, y entonces el retrato no podría ser en manera alguna adecuado al original. Jesucristo nuestro Señor, que nos dejó su cuerpo sacramental en la Sagrada Eucaristía, hubo de privarnos de la contemplación de su verdadero retrato, sin duda porque su carne, en expresión de un autor, es el Viático necesario para sostenernos en el largo camino de la vida presente, y verle como Él es será la recompensa de este viaje y de sus fatigas en el eterno descanso de la vida futura.

Preciso es que acudamos á la escasa luz de la tradición, ya que la verdadera historia enmudece en este punto, para vislumbrar algunos rasgos de la fisonomía de Jesucristo; tradición respetable, sin embargo, que tiene en su favor la práctica constante de los artistas cristianos que han intentado reproducir en diversas épocas la imagen del Redentor. Esta tradición se ve consignada en varios documentos escritos, que, aunque de distinta procedencia, convienen todos, salvo cortas diferencias, en lo principal del retrato. Eusebio de Cesárea, en su *Historia eclesiástica*, refiere haber visto la efigie de Jesucristo que en la ciudad de Cesárea de Filipo hizo levantar delante de su casa la sirofenisa del flujo de sangre, á quien dió salud el Redentor cuando se encaminaba á la casa de Jairo, según refiere el Evangelio. Nicéforo Calixto, en el siglo xiv, también en su *Historia eclesiástica*, publicó otra descripción del Salvador, afirmando que no hacía otra cosa que repetir lo que habían dicho los escri-

tores más antiguos, *sicuti a veteribus accepimus*. En efecto, existe en las obras de San Juan Damasceno una carta, que se le atribuye, dirigida al emperador iconoclasta Teófilo, en la que se contiene otra descripción del Redentor, que algunos críticos suponen ser obra colectiva de los Patriarcas que á la sazón ocupaban las Sedes de Antioquía, Alejandría y Jerusalén. Y en esta carta se dice que Constantino hizo pintar á Jesucristo según la forma que le atribuyen los antiguos historiadores: *quali forma historici describere*. Corre, por último, en muchos libros piadosos una carta atribuida á Publio Léntulo¹, predecesor de Poncio Pilato en el gobierno de Judea, y dirigida al Emperador romano, dándole cuenta de la aparición y formas de Jesucristo, la cual, aunque atribuida á un personaje imaginario, pues el predecesor de Pilato fué Valerio Graco, según consta de la historia romana, y publicada en el siglo xv, después de la descripción de Nicéforo, no obstante puede muy bien tener algún grado de certidumbre en boca de Pilato, á quien también se atribuye; pues nada más natural que este gobernador diese cuenta circunstanciada á su soberano del acontecimiento importantísimo y á todas luces maravilloso que acababa de verificarse en sus dominios y amenazaba trastornar el mundo.

Sea lo que quiera de la exactitud histórica de estos documentos, que es cuestión para tratada con más detenimiento, es indudable que merecen algún respeto, tanto más cuanto que ofrecen singular concordancia en la descripción de los rasgos de Jesucristo, como otras tantas ramas de un árbol común por donde circula la fecunda sávia de la tradición.

Siguiendo á los más doctos iconógrafos, recogeremos aquí estos rasgos, en que los tales documentos convienen, para formar el retrato de Jesucristo, según los testimonios de la tradición, admitidos por el arte².

El aspecto de Jesús era sencillo y venerable, de modo que infundía al mismo tiempo amor y respeto; dotado de tal encanto, que á su lado no había nadie que no sintiese dulcísima consolación.

Sin ser excesivamente alto, su talla era elevada, su porte noble y franco, el corte de la cara suavemente ovalado, la tez clara, coloreada de dulce y modesto carmín sobre un fondo comparable al color del trigo recién maduro, sin ninguna desigualdad ni mancha; la frente, sin ser muy elevada, alzabase igual y serena; las cejas morenas, ó más bien negras; los ojos claros, vivos y penetrantes, de gracia sin igual, de pureza que encantaban aun á los enemigos del Señor; de matiz indefinible, que podía compararse al verde azulado de las aguas (*glauco*), más claro ó más oscuro, según la luz se reflejaba en ellos.

La nariz recta, un poco larga según unos, de dimensiones medias según otros, pero igual y proporcionada según todos. Los labios, frescos y rosados, se abrían y cerraban suavemente, sin contraerse nunca. Su cabellera, medianamente poblada, de color moreno oscuro, algo parecido al de la avellana madura, partíase sobre la frente, y caía sobre los hombros formando bucles. La barba difería poco del matiz del pelo; según los más, era algo rubia y se partía habitualmente por el medio. Su traje, el que habitualmente se usaba en la Judea: sencillo y modesto, pero limpio y aseado.

Tal es el retrato que de Nuestro Señor Jesucristo posee la iconografía cristiana, más ó menos convencional, según los críticos, pero transmitido por la tradición, y confirmado en lo más sustancial por las revelaciones de los Santos. Las de Santa Brígida, de Catalina Emmerich, de la Madre Agreda y de Margarita Alacoque, entre otras, dan el mismo resultado, salvo cortas diferencias, por lo cual no es de extrañar que el arte cristiano, que sin renunciar á este nombre no puede rechazar en absoluto los testimonios sobrenaturales, lo haya admitido, cuando por otra parte, en nada se opone á las leyes de la belleza.

Y de que el arte cristiano le haya admitido y aceptado no cabe ninguna duda, pues poseemos imágenes de Jesucristo antiquísimas, que la tradición, tal vez demasiado crédula, atribuye á los tiempos apos-

1 El ejemplar que se conoce es copia de un manuscrito que en la actualidad posee lord Kelly, y se supo estar tomado del original, existente en Roma; pero de éste no hay noticia actualmente que pueda confirmar el aserto.

2 Para aquellos que deseen comprobar por sí mismos estos testimonios, daremos aquí noticia de las obras históricas que los contienen:

Eusebio de Cesárea: *Historia eclesiástica*, libro vii, capítulo xviii.

Peignot: *Recherches historiques sur la personne de Jésus-Christ*, páginas 20 y 24. Dijon, 1829.

Obras de Juan Damasceno. — Edición Lequien in folio, 1712, tomo I, pág. 631.

Se han reproducido después en muchas obras de *Iconografía cristiana*.

tólicos. Ya hemos mencionado la efigie levantada en Cesárea de Filipo á Jesucristo por la mujer á quien el solo contacto de la túnica del Salvador curó de una hemorragia. Este curioso monumento subsistió, según parece, hasta los tiempos de Juliano el Apóstata, como atestigua el historiador Eusebio, que alcanzó á verlo en pie; mas luego que fué derribado desapareció por completo, sin dejar, al parecer, rasgo alguno de su mérito ni de su carácter. La arqueología, sin embargo, se gloria de haber descubierto en estos últimos tiempos un bajo-relieve que reproduce el monumento de Cesárea. Es un sarcófago, que nosotros hemos tenido ocasión de ver en el museo de Letrán, en Roma, donde, entre otros pasajes del Evangelio, se representa el de la curación de la mujer del flujo de sangre. El eminente arqueólogo Sr. Rossi tiene por indudable que este bajo-relieve está tomado del monumento de Cesárea, en la primera mitad del siglo iv. Allí, la figura de Jesucristo, aunque tosca, aparece de perfil, con los rasgos que le atribuye la tradición, y según Rossi, debe considerarse este monumento como de los más antiguos del arte cristiano, propiamente tal, que ofrecen incontestablemente el tipo del Redentor.

Otras dos imágenes atribuidas á los primeros días del Cristianismo existen, que confirman la voz de la tradición sobre el tipo de Jesucristo. Es una el cuadro de la capilla de San Lorenzo en Roma, llamada también *Sancta Sanctorum*, atribuido á San Lucas¹, y el Crucifijo de Luca, que pasa por obra de Nicodemos. En cuanto á la primera, que nosotros hemos tenido la dicha de venerar con toda la devoción que infunde el lugar en que se halla colocada, sobre la *Escala Santa*, parece que la que hoy existe no es sino un calco de la primitiva, la cual, gastada por el tiempo, fué cubierta de una tela, en que se procuró reproducir el retrato ya muy borrado de la primera.

(Se continuará.)

M. PÉREZ VILLAMIL.

CONSEJOS Á MIS HIJOS

por

ANTONIO DE COURTOIS²



Un buen sentido consiste en ser uno juicio en su conducta y en obrar en todo con reflexión, en no hacer nada de que pueda arrepentirse, y en sacar de las personas y las cosas el mejor partido posible, pero siempre sin daño del honor ni de la justicia.

La mayor parte de los hombres sólo adquieren esta sabiduría á costa de una experiencia penosa y llena de fatigas. A fuerza de cometer faltas y torpezas, aprenden á no incurrir en ellas; pero comúnmente adquieren harta tarde esta ciencia, cuando se encuentran ya en el término de su carrera.

Para evitaros, queridos hijos míos, esta desgracia y haceros provechosas las faltas mismas que he cometido, voy á daros las reglas á que debéis sujetaros en vuestro modo de vivir, rogándoos que nunca prescindáis de ellas. Os lo pido en nombre de vuestro interés, en nombre de vuestra felicidad. Vosotros sabéis cuánto me desvelo por vuestro bien y si trataría yo de engañaros.

EL DEBER DE TENER PROFESIÓN

Es necesario tener una profesión para disfrutar de la consideración que trae consigo el trabajo, para proporcionarse los medios de educar y colocar á los hijos, y tener la satisfacción de sacar un partido útil de sí mismo y de su talento³.

Nada causa más satisfacción al hombre y le hace más agradable la vida, que el ser artífice de su

1 Esta ha sido la opinión corriente durante muchos siglos; pero el estilo de todas las imágenes atribuidas á San Lucas, enteramente bizantino, y su multiplicación en la Edad Media, hacen presumir que la tradición carece de sólido fundamento. La opinión que sobre su origen parece más probable, es la de Greppo, adoptada después por Tillemont y por Martigny, según la cual se puede presumir que á principios del siglo v existió en Oriente un pintor llamado Lucas, como el Evangelista, que se ejerció en pintar imágenes piadosas. La devoción por una parte, y las relaciones poco frecuentes de Oriente con Occidente en aquellos siglos, pudieron ser causas suficientes á que se confundiesen más tarde el pintor bizantino con el Evangelista, su patrono. *Notes historiques, biographiques et archéologiques*, etc., por M. l'abbé Greppo. — *Dictionnaire des antiquités chrétiennes*, por M. l'abbé Martigny. — *Storia della capella di Santa Sanctorum*, por Marangoni.

2 Tomados de un libro escrito de 1812 á 1815, y publicado por M. Carlos Bible en su obra titulada: *La vida doméstica, sus modelos y sus reglas, según documentos originales*, tomo II. París, Eduardo Baltanweck, 1877.

3 El padre de Antonio decía frecuentemente: "Preferiría que mis hijos fuesen zapateros á verles sin carrera."

ortuna. Si no tenéis una profesión, siempre seréis hombres inútiles, fastidiosos y fastidiosos. Esta fué la suerte de uno de nuestros parientes, y por eso murió desdichadamente...

Debéis, pues, trabajar incesantemente para adquirir los conocimientos necesarios al estado á que os dedicáis, y una vez terminada vuestra carrera, emplear la vida en el cumplimiento de vuestros deberes; en primer lugar, para manteneros en él; en segundo, para conquistaros la consideración pública; y por último, para aumentar vuestros recursos y hacer por vuestros hijos lo que hicieron por nosotros nuestros padres.

Al elegir uno su carrera, no debe consultar tan sólo sus gustos, porque éstos nos extravían y mudan con el tiempo. Desgraciadamente, lo he experimentado por mí mismo. Al principio parecióme que tenía inclinación á la carrera de la medicina y me hice médico; pero cuando llegó el caso de ejercerla, sentí una repugnancia tal que me hizo renunciar á ella. Resultado: dinero, tiempo y fatigas perdidos, y yo imposibilitado para hacer por vosotros lo que hubiera querido.

LA PROBIDAD

Debéis formar el propósito de ser escrupulosamente probos, y de que todo el mundo lo sepa. Absteneos de tomar ó retener lo que no sea vuestro, ni aun la cosa más insignificante. En esta materia no hay falta pequeña.

Nada hay más vergonzoso, nada más deshonesto á los ojos de los hombres, que todo lo opuesto á la probidad. Yo he visto á un hombre rico que, hallándose próximo á espirar, en su lecho de muerte encargó á su hijo que restituyese veinticuatro sueldos que se acusaba de haber tomado ó retenido injustamente.

La prudencia exige que en materia de intereses se consulte siempre el parecer de una persona imparcial, en extremo prudente y de grande experiencia.

Así, pues, antes de decidir en cualquier negocio meditado detenidamente, y consultad, aunque se trate de asuntos de poca monta. Al consultar, se tiene la ventaja de ser uno bien aconsejado por una persona desinteresada y de reflexionar con más madurez.

EL SABER AHORRAR

La primera regla de conducta, la de todos los tiempos, es la de gastar con arreglo á vuestras rentas, de manera que tengáis siempre, por lo menos, reservada una sexta parte para atender á los gastos imprevistos que siempre ocurren.

Sin esta precaución, os veréis obligados á echar mano de vuestros fondos siempre que se ocurra algún gasto ó una reparación extraordinaria. La suma extraída producirá una disminución en vuestro capital, que en breve podrá quedar reducido á la nada.

¡Cuántas veces no ha ocurrido, aun en la familia, el no poder reparar la brecha de un edificio por no contar con un fondo de reserva, viéndose después obligada á vender una heredad para reedificarlo! Así, pues, os ruego que no os comáis nunca el último céntimo de vuestras rentas, porque de esta manera acabaréis por comer el último céntimo de vuestro capital. Os lo pronostico, os lo anuncio formalmente. Acordaos de las desdichas que uno de nuestros antepasados predijo á uno de sus hijos (que no sabía ahorrar):

— *Hijo mío* — le dijo al darle sus últimos consejos — *hazlo muy bien en no casarte, porque, si te casas, serás desgraciado.*

Casose, y él y sus hijos ¡murieron sobre la paja! Por muy módicas que sean vuestras rentas, siempre os será posible el gastar menos de lo que producen. La economía disminuye los gastos, y el trabajo aumenta los productos.

Si queréis observar un método para marchar bien en esta materia, formad vuestro presupuesto al principio de cada año; es decir, el estado de vuestras rentas calculadas y de vuestros gastos previstos.

Anotad exactamente todos vuestros gastos é ingresos.

Si tengo la fortuna de dejar establecido el orden en mi familia, sólo á este medio seré deudor de ello.

NO PEDIR NUNCA PRESTADO

No pidáis prestado nunca, nunca, absolutamente nunca. Es preferible ir sin camisa á contraer deudas.

Casi nunca se ve uno arruinado que no sea por haber pedido prestado; casi nunca se quita el hombre la vida desesperado, como no sea por no poder pagar sus deudas.

Os lo repito: no pidáis nunca prestado, absoluta-

mente nunca; todos los medios de conservar la fortuna se encierran en este consejo, en esta orden terminante que os da vuestro padre. Valdría más vender un pedazo de tierra que contraer una deuda; pero lo más seguro es esperar á que vuestras rentas y ahorros os permitan hacer los gastos que creáis necesarios.

Pero, si por desgracia (no lo permita Dios), os viérais en la dura é imprescindible necesidad de gastar una cantidad de que no pudieseis disponer, tomadla prestada por medio de un *contrato* á larga fecha. Pero que no sea nunca por vale, por obligación, y mucho menos por letra de cambio.

Quien toma dinero prestado, se constituye en esclavo del que se lo presta. Por lo tanto, nunca pidáis prestado, y si os véis obligados á hacerlo, que sea por contrato.

En lo tocante al juego, creo que no hay que temer en vosotros esta pasión, que sólo nace de la ociosidad. Además, tenemos en nuestra familia ejemplos tan aterradores de sus peligros, que sería en vosotros extraña ceguera el que no bastasen para libraros de ellos. Vosotros sabéis que una de las ramas de nuestra casa, inmensamente rica, se vió sumida en la mayor miseria porque, habiéndose perpetuado en ella durante dos generaciones la afición al juego, perdió todos sus bienes. Donde quiera que uno dirija la vista en torno suyo, verá que los jugadores han arruinado á sus familias, y aun muchos de ellos han terminado sus días de una manera desastrosa.

No olvidemos nunca este calificativo tan exacto del jugador:

Empieza siendo engañado,
Y acaba por ser engañador.

NO PLEITEAR NUNCA

Nunca pleiteéis. Vuestro bisabuelo sostuvo treinta pleitos; los ganó todos, y perdió en ellos treinta mil francos.

Los litigios arruinan á las familias más ricas; el que gana un pleito se queda en camisa, y el que lo pierde en cueros.

Debéis adoptar, como regla constante, el someter todas vuestras divergencias á la decisión de árbitros. Estos son los que debemos elegir por jueces, porque sus resoluciones, prescindiendo de las formas, concilian todos los deseos y todas las atenciones de la justicia. El arbitraje no sólo nos conserva el reposo, sino hasta la amistad misma de la parte contraria.

DEL TRATO EN SOCIEDAD

Sed circunspectos en vuestra conducta, y no habléis nunca mal de nadie. El mal que uno dice de otro, sólo daña á sí mismo.

Procurad conocer bien á las personas, y observad durante mucho su carácter antes de contraer relaciones con ellas. Tened sólo por amigos á los que se conduzcan con moralidad y con orden en sus negocios, porque seguiréis las huellas de las personas con quienes viváis. Si vivís con pródigos, veréis pronto disipada vuestra fortuna.

Hablad poco de vosotros mismos y de vuestros negocios, para no excitar el desprecio ó la envidia. No digáis vuestros secretos á nadie, ni aun á vuestros amigos, sin una gran necesidad.

Cualesquiera que sean los agravios, verdaderos ó supuestos, que hayáis recibido de vuestros enemigos, acordaos de que la vida es larga y que tal vez no esté lejano el día en que sean vuestros amigos, y en esta creencia tratadles bien. Tratadles bien hasta por vuestro interés mismo, porque la venganza llama venganza. Si estáis en la creencia de que no os estiman, os estimarán mucho menos cuando les hayáis demostrado desprecio ó resentimiento.

¡Ah! si yo conociese á los enemigos de mis hijos, me echaría á sus pies, y sin averiguar si eran ó no culpables, me humillaría hasta obtener de ellos perdón.

Por vengarse de una primera injuria se atrae uno otras mil, y se engolfa en un laberinto de disgustos. Los hombres mismos aborrecen á los vengativos, y os estimarán á medida de vuestra bondad y de vuestro proceder generoso. No guardéis resentimiento por los agravios que hayáis recibido. En vez de pagar con la misma moneda, id, como yo mismo lo he hecho siempre, acudid francamente al que os ha ofendido, explicaos con él completa, leal y confiadamente, y encontraréis un amigo en quien hubiese sido para vosotros enemigo dañoso.

Advertid que, observando esta conducta, no encontraríais quien quisiera ser enemigo vuestro, á no

1 Bien jueguen en la Bolsa, en las casas de juego ó en reuniones particulares.

ser que no os conociese y os supusiese intenciones que no abrigáis. Os bastará, por tanto, explicaros francamente con los que tengan alguna prevención contra vosotros.

¡Ah! queridos hijos míos; qué servicio tan grande os habría prestado si la voz que, cuando leáis estos renglones saldrá de mi sepultura, os hace vivir en paz con vuestro prójimo.

VIVIR BIEN PARA PREPARARSE Á MORIR BIEN

Pobres hijos, queridos amigos míos, ¿cómo he de poder hablaros de vuestra muerte? La mía no me espanta; pienso en ella diariamente, y sólo encuentro en ella de insoportable el dolor de separarme de vosotros y de vuestra madre; pero vuestra muerte me hace derramar lágrimas, y la pluma se me cae de las manos.

No obstante, la muerte es el acto más importante de la vida. Sólo vivimos para morir, es decir, sólo se nos ha dado esta vida para que nos conduzca á la que sigue á la muerte.

¡Espero que no lo pondréis en duda! Desdichados de vosotros si, arrastrados por vuestras pasiones ó por falsos sistemas, dejaseis de creerlo por un solo momento!

¿No es verdad que entre nosotros hay hombres buenos y malos? Luego hay otra vida para castigar á los malos y premiar á los buenos.

LA CUNA

Nido movable
De nuestra infancia,
Do vela siempre
Tierna mirada:
Lecho cubierto
De blanca gasa,
Por la querida
¡Madre del alma!
Grato recinto
Que el hombre halla,
De blando arrullo,
De esencia grata;
En él el niño
Mira cercana
La aurora bella
De su mañana;
¡Cuánta ternura!
¡Cuánta ignorancia!
¡Cuánta pureza!
¡Cuánta esperanza!
Allí en ensueños
Que al niño agradan,
Despierta, ríe,
Suspira y calla;
Mas al momento
Sueña un fantasma,
Despierta, llora,
Y otra vez calla:
También del niño
La edad temprana,
¡Encierra llantos!
¡Encierra lágrimas!

Mas son dichosos
Con su fantasma,
Y son felices
Con su ignorancia;
Que en ellos, todo
Cuanto les pasa,
Es todo sueño...
Todo esperanza.
Esta es la cuna
De nuestra infancia;
Nido movable
Que nos acalla;
Yo la contemplo
Hoy ocupada
Por el más dulce
Bien de mi alma:
Mi vista fijo,
Y al contemplarla,
Dígole al niño
Que allí se halla:
¡Cuánta ternura!
¡Cuánta ignorancia!
¡Cuánta pureza!
¡Cuánta esperanza!

ANTONIO ROS ROMERO.

UN CONVITE ROMANO

RECUERDOS DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE LA DECADENCIA
DEL IMPERIO

(Estudio de actualidad.)

CAPÍTULO PRIMERO

— Por Baco, cuya fiesta se celebra (*liberales dies*), ¿quién podría imaginarse al ver á usted que estamos al xv de las calendas de Abril? ¿Quién creyera, digo, que el hijo de nuestro amo, Publius Pomponius, haya vestido hoy la toga viril? ¿Parece siquiera que su padre piense en convidar á sus amigos para solemnizar en su compañía tan fausto día en la vida de un ciudadano romano? Miran, pues, á la clepsidra (reloj de agua). Más de una hora hace que los convidados han dejado el juego, y que han pasado de la esferistería (sala de juego) al balneum (sala de baño). De aquí á pocos minutos estarán reunidos, y todavía no han hecho ustedes nada.

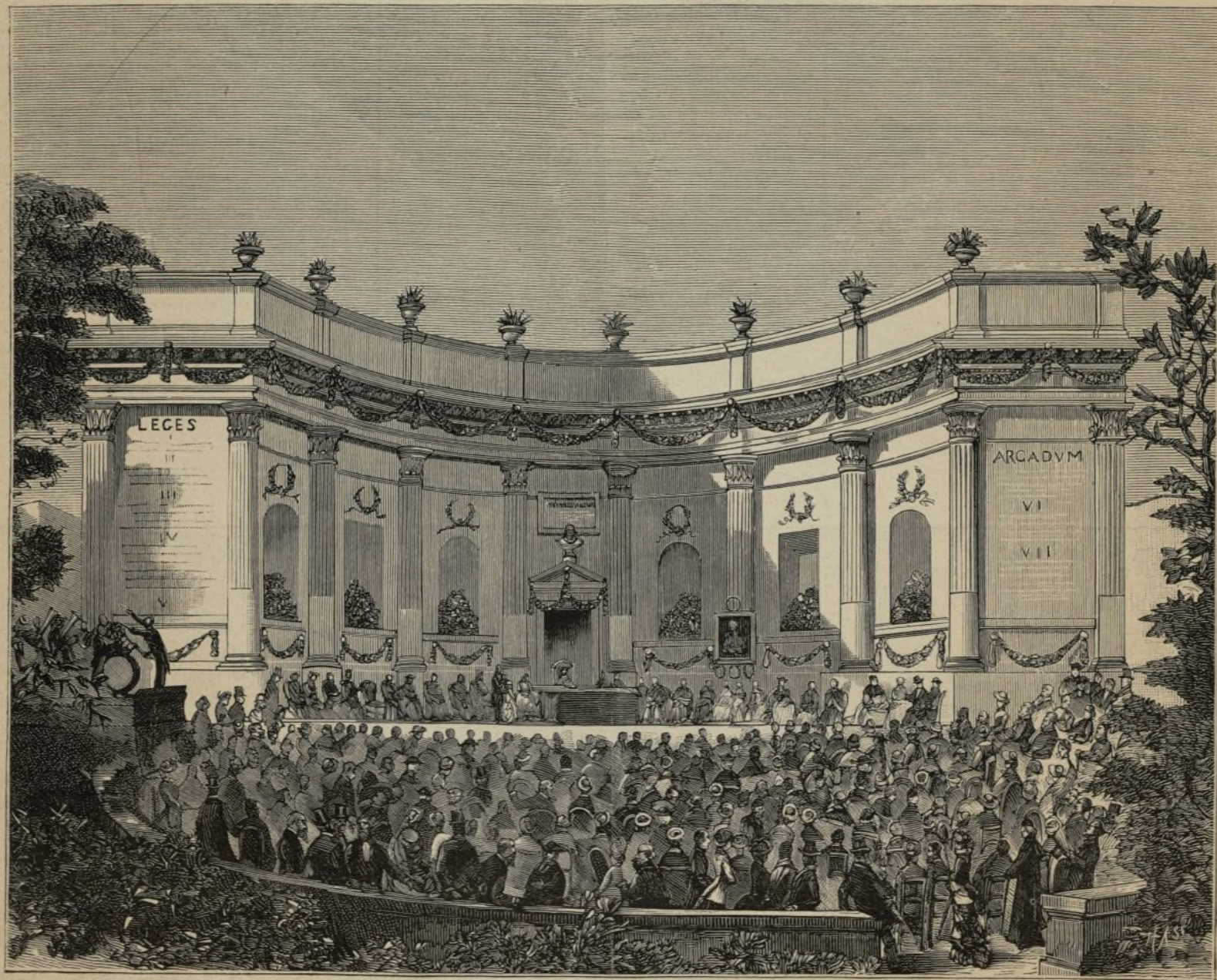
Vamos, actividad, viveza, ó si no cuidado al palo.

Así hablaba el tricliniarque de Quintus Pomponius, yendo y viniendo en la sala del festín de una deliciosa villa que ese opulento caballero romano poseía en Bayas, en los bordes del lago Lucrin. Brillaba esta sala por su gran lujo de muebles, y por los innumerables inventos que los romanos del tiempo de Vitellius se ingeniaban en descubrir con el propósito de aumentar sus placeres. Las paredes eran de mármol y adornadas hasta la altura de un hombre con tapicerías de tejidos de lana bordada; sobre este fondo se destacaban estatuas que, colocadas de trecho en trecho, servían de candelabros. El pavimento de mosaicos representaba restos de festín, especie de dibujo llamado *asarotos oeeos*, cuyo invento atribuye Plinio al griego Sostus.

Las dimensiones de la sala eran las de un *triclinium* ordinario; es decir, que su longitud era doble de su ancho, y parecía dividida en dos partes. Tres lechos colocados en los tres lados de un cuadrado,

cuyo otro lado quedaba libre para el servicio, ocupaban la parte inferior; esta disposición hacía dar á esas salas el nombre de *triclinium*. En aquel tiempo los romanos se sentaban para comer; pero más tarde, enervados por el lujo, adoptaron la moda oriental, y no comían sino recostados, apoyando el cuerpo sobre el codo. Las camas que usaban, ofrecían gran semejanza con nuestros sofás. Las de Quintus Pomponius eran de arce; las juntas adornadas de baquetillas de plata. En medio de esas camas se levantaba, sobre un pié de marfil con tres garras, una mesa redonda de citro, madera sacada del fondo de la Mauritania; estaba vaciada á propósito para recibir una bandeja de plata maciza del peso de 500 libras, adornada de cinceladuras y de anaglifos.

Los esclavos de Pomponius, animados por las palabras del tricliniarque, trabajaban con febril ardor en los preparativos del festín; depositaron sobre los lechos colchones de lana de las Galias teñidas de púrpura, y coginetes de plumas encerradas en fun-



SESIÓN CELEBRADA POR LA ACADEMIA DE LOS ARCADES DE ROMA PARA SOLEMNIZAR EL CENTENARIO DE METASTASIO.

das de mallas de hilo de oro y seda, que se fabricaban en Babilonia.

De repente, un vivo altercado se oyó en la otra extremidad del triclinium.

— Por Jehová, les digo que estoy convidado; que Pomponius, el mismo...

— ¡Fuera de aquí, parásito sin vergüenza!

— Os digo que entraré, ó no me llamo Esurión.

— Aquí no hay sitio para ti.

Y el esclavo encargado de custodiar la puerta se había armado de una rodilla de púrpura para echar á su porfiado interlocutor.

— He aquí á Esurión — dijo el tricliniarque — siempre llega el primero. Para él y sus semejantes habría que precipitar la marcha del sol, y arreglar á toda prisa los asuntos de la República.

El parásito se había colado en el triclinium; el esclavo le persiguió; poco les faltaron en la carrera

para tirar un magnífico cimacio (aparador) que adornaba la parte opuesta á los lechos, y sobre el que estaban colocados, según la costumbre romana, vasos preciosos, vasijas de oro y plata, enriquecidas de piedras preciosas, que llevaban el apellido de Pomponius.

— Basta de juego — exclamó el tricliniarque enfurecido. — Dejen á Esurión sentarse sobre ese escabel. No se moverá de allí, al menos que Pomponius no le haga echar á la calle.

— Gracias — dijo Esurión al tricliniarque — vos al menos haréis justicia á mi mérito, y Pomponius demasiado caballero es para permitirse semejante descortesía hacia mi persona.

Después, entregándose á profundas reflexiones, prosiguió hablándose á sí mismo:

— ¡Feliz idea la que he tenido en dejar á Roma á la proximidad del Estío! Allí me hubiese muerto

de hambre, porque, en cuanto llega la estación campestre, el negocio de nuestras mandíbulas se paraliza. Lo mismo que durante los calores los caracoles languidecen escondidos en sus conchas, y á falta de rocío se mantienen de su propia sustancia, asimismo, pobres parásitos, mientras las labores detienen á las gentes en el campo, vivimos en nuestra concha, y nos comemos á nosotros mismos, no teniendo ya qué devorar. Pero aquí reinan la alegría y la abundancia Quintus Pomponius, caballero romano, enriquecido no se sabe precisamente por qué medios, celebra hoy la toma de toga viril de su hijo Publius! Ostenta sus tesoros, nos sirve su Falerno y prodiga todo el lujo de su cocina. ¡Oh! mis narices se dilatan, y ya estoy saboreando tantos y tan exquisitos manjares. Feliz Esurión: vas á cenar mejor aún que los dioses de Homero, y gracias á ti, honrado Pomponius.

CAPÍTULO II

Las diez acababan de dar cuando los convidados aparecieron en un cuarto anterior al triclinium; allí dejaron, entre manos del esclavo que de costumbre cada uno llevaba consigo, su calzado y su trábea (vestido de encima), revistiéndose de la *synthesis*, túnica blanca y sin cintura que procuraba el dueño de la casa. En el momento en que iban á entrar en el triclinium, un esclavo gritó:

— El pié derecho.

Era para no presagiar desgracia á nadie. Entrar por el pié izquierdo parecía á los romanos de un augurio tan fatal como para nosotros el guarismo 13.

Entonces Pomponius, dirigiéndose á sus huéspedes, dijo:

— El número de los convidados, ha dicho uno de nuestros poetas, nunca debe ser menor que el de las Gracias, ni exceder al de las Musas. Pero esta regla se presta á muchas excepciones; hoy, por ejemplo, miraría yo como una desgracia ser circunscrito á semejantes límites.

Estas palabras desarrugó al momento la frente de algunos personajes, cuyo continente indicaba cierta inquietud. Eran de la especie llamada *sombra*, nombre gracioso y muy bien escogido, porque una sombra es un convidado inesperado; diríase la parte oscura de cada convidado.

Un individuo de modales adúladores se había apoderado de Pomponius.

— He aquí — le dijo — cosa



ARABI-BEY.

arreglada con talento; ¡sois vos uno de los raros herederos de esa salática que se va perdiendo cada día! ¡Qué buena presencia tenía vuestro hijo durante la ceremonia! Ciertamente es que he visto yo muchas tomas de toga viril, pero nunca adolescente alguno puede compararse con Publius Pomponius.

— Está bien, señor Ergasilo — contestó Pomponius — recibiendo de antemano de este parásito el precio de su convite — tendréis puesto en el lecho de la derecha.

— Es hacerle mil veces más honor que merece — lanzó la voz irónica de otro convidado hacia el cual Esurión se había dirigido, pero del cual no tardó en apartarse con despecho — es hacerle demasiado honor á ese pobre Ergasilo. ¡Infortunado! No sabe más que repetir cumplidos tan sosos como el olor de un ramillete de ocho días. En su vida ha sabido decir una agudeza, nunca un gesto para divertir á los convidados.

— Ya le comprendo, Charanzón. Os colocaré al lado de Ergasilo, y os encargo le comunicéis el sobrante de la agudeza que os sobrá.

— Bien contestado — dijo Ergasilo frotándose las manos.

Ergasilo era el parásito *adulador*; Charanzón el parásito *decidor*; el uno rico en chismografía, el otro en agudezas, entrambos sin nada en la escarcela; el primero con sus adulaciones, el segundo con sus chistes estudiados de antemano, lograban hacerse



RECLUTAMIENTO DE TROPAS EN EGIPTO.

convidar á la mesa de los ricos. Se consideraban muy superiores al pobre Esurión. Este se contaba en el número de los parásitos sufridos (*plagipatidae*), esos Espartatos del último rincón de la mesa cuando éste les está concedido. Pero el xvj de las calendas de Abril Esurión no debía gozar de este favor.

— Siéntese en su escabel — le dijo Publius — mandaré le sirvan con esmero.

El tricliniarque, á quien éste había hecho una señal, salió echando una mirada llena de malicia y piedad sobre Esurión, quien empezaba el suplicio de Tántalo recordando la cena.

— ¡Bah! — dijo — ¿qué importa en dónde se come siempre que se coma bien?

¡Pobre Esurión, qué desengaño le esperaba!

Las cenas de Quintus Pomponius hacían ruido en el mundo. Verdad es también que algunos que no habían probado sus guisos, ni saboreado sus vinos, criticaban al caballero romano; de buena gana le hubieran perdonado á cambio de una invitación; pero Pomponius no las prodigaba.

En primera fila de los felices mortales llamados á su mesa, figuraba Clodius, pretor de Campani, magistrado extraño que el emperador Vitellius había nombrado para ese puesto por haberle visto tragar sin descanso tres congios de vino (unos nueve litros); así es que algunos chistosos le llamaban *Clodius Tricongius*. El pretor les dejaba decir, y al estilo de su Emperador, se vengaba de ellos pidiéndoles de cenar de vez en cuando. Antes de sentarse á la mesa, Clodius se valía de ciertos medios empleados por el César para hacer honor á las personas que le convidaban, y que al propio tiempo que abrían el apetito, dan á uno un tinte descolorido é interesante.

Un rival digno del pretor era Apicius, sobrino segundo del célebre Apicius, que comía bajo Augusto y profesaba en Roma un curso de arte culinario. Ese joven libertino había devorado su patrimonio; pero todos los gastrónomos de la época se lo disputaban, y parecían querer, al escucharle, inspirarse de los recuerdos del gran hombre; por lo demás, Apicius relataba con mucha gracia hechos célebres de su ilustre pariente; era para él un medio económico de vivir.

Clodius y Apicius habían venido con Pomponius. Por su parte, el joven Publius había convidado á varios de sus amigos, entre otros al griego Herma-goras, su maestro de bellas letras. Tanto se había éste jactado de ello en toda la ciudad, que dos de sus compatriotas no habían podido menos de seguirse en clase de *sombra*. No echemos en olvido á Cneius Cápio, afamado jurisconsulto, bajo cuya tutela Publius iba á empezar su curso de Derecho, pues se destinaba al foro, y la toma de toga viril era para los jóvenes el momento en que habían de elegir carrera.

El número de convidados ó no convidados, se elevaba á quince. Cada cual tomó el sitio que le designó el tricliniarque. Pomponius se recostó al lado de su hijo, en el interior del cuadrado, sobre el lecho del centro, é invitó á Clodius á ponerse en el tercero y último puesto, que siempre se reservaba para los cónsules. Los convidados de este primer lecho tenían el rostro vuelto hacia la parte del lecho de la izquierda ofrecido á los más importantes de los invitados, y ocupado en este momento por Apicius y los amigos de Publius. El lecho de la derecha se abandonaba á los parásitos; era el lecho inferior. En él estaban Ergasilo y Charanzón; en vano allí se dirigían las miradas y los deseos de Esurión.

(Se continuará.)

ERNESTO DE BERGUE.

LOS GRABADOS

SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII

La primer página de la tercera época de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA debía llevar el retrato del Padre Santo, como testimonio de adhesión á la Cátedra del maestro infalible y protesta contra la impiedad, que en estos días aclama y glorifica á Garibaldi.

Y en efecto, hemos puesto el magnífico retrato, copia de fotografía, que verán nuestros lectores, abierto en Roma, y que hace algún tiempo adquirimos, no sin grave dispendio.

Complázcanse en poseerlo los nuevos suscritores de LA ILUSTRACIÓN, que los antiguos ya lo tienen, y sirva como de grabado inaugural de la tercera época, que ponemos, como las anteriores, bajo los auspicios de la Santa Sede.

SESIÓN CELEBRADA POR LA ACADEMIA DE LOS ARCADES DE ROMA PARA SOLEMNIZAR EL CENTENARIO DE METASTASIO.

La Academia de los Arcades, ó más bien de los Arcadianos, es una de las más ilustres de Europa.

Fué fundada en 1690 por el poeta y literato italiano Crescimbiní con el objeto de despertar el buen gusto y la afición hacia las bellas letras, siguiendo el movimiento iniciado por el Renacimiento. Crescimbiní tuvo por protectores de su obra á los Papas Clemente XI y Benedicto XII, y á muchos insignes Cardenales, que se honraron inscribiendo sus nombres en la nueva Academia.

En cuanto á su organización, la Academia de los Arcades tenía de particular que sus asientos se hallaban al aire libre, bajo la sombra de los bosques, y cada socio tomaba el nombre de un pastor de la Arcadia para acreditar mejor sus tendencias clásicas.

Aunque esta puerilidad, que explican y excusan las costumbres de su tiempo, puede hoy causar risa, es preciso reconocer y confesar que la tal Academia ha prestado eminentes servicios á la causa literaria.

Apenas Crescimbiní acababa de fundarla, cuando nació en Roma en 1698, de una familia pobre, un hombre que debía ser el primero en aprovecharse de las lecciones de la Academia, á la cual había de ilustrar más tarde con el prestigio de su nombre y de sus obras.

Aludimos á Pedro Buenaventura Trapassi, llamado entre los Arcades Metastasio, que es el nombre por el que universalmente se le conoce.

Metastasio tuvo por primer protector al célebre jurisconsulto Gravias, que le procuró una instrucción sólida y esmerada en las letras griegas y romanas, y, por último, le legó su fortuna después de su muerte, ocurrida en 1718. Dotado de una imaginación ardiente, de una concepción fácil y de una aplicación incansable, á los catorce años compuso una tragedia; pero este ensayo, y otros que le siguieron, no fueron más que la preparación para el triunfo que le proporcionó á los veintiseis años la tragedia lírica *Dido abandonada*, representada en Nápoles por primera vez; la obra excitó un entusiasmo universal. Seis años después, el afortunado poeta fué llamado á Viena por el emperador Carlos VI, que le honró con el título de *poeta cesáreo*. En Viena compuso Metastasio sucesivamente el *José reconocido*, la *Demofonte*, la *Clemencia de Tito* y la *Olimpiada*, á la que en Italia se denominó con el título de la *Divina*.

Las obras de Metastasio son numerosas: pasan de sesenta tragedias líricas y óperas de diversos géneros; doce *Oratorios*, cuarenta y ocho *cantatas*, una multitud de *elegías*, de *idilios* y de *sonetos*, y además muchas obras en prosa. Es sin duda el primer poeta dramático de Italia. Su dicción es dulce y correcta, y tan graciosa y elegante que suena en el oído con la cadencia de una música melodiosa. Muchos tienen á Metastasio por el inventor de la *ópera*; pero aunque no sea cierto, es evidente que dió á los *libretos* un carácter, un interés y una novedad que no habían tenido hasta entonces.

Metastasio murió en Viena en 1782, á los ochenta y cuatro años de edad.

Tal es el poeta ilustre en memoria del cual ha celebrado solemne sesión la Academia de los Arcades de Roma, y á la que han concurrido muchos miembros del Sacro Colegio, y los Prelados y servidumbre de la corte pontificia.

El grabado representa la sesión, y da idea de la forma singular en que se reúne la famosa Academia, que ya no es más que un recuerdo de lo pasado.

ARABI-BEY

He aquí una de las figuras más importantes de la política en estas últimas semanas. Toda Europa tiene la vista fija en Arabi-Bey, de quien en cierto modo depende que haya guerra ó haya paz entre las grandes potencias.

Y sin embargo, no se trata de un político de antecedentes y de larga historia.

Egipto de nación y mahometano de abolengo, ingresó desde muy joven en el ejército egipcio, distinguiéndose extraordinariamente por su valor personal en cuantas guerras tomó parte, principalmente en sus campañas contra los abisinios. Cuando llegó á ser jefe, las fuerzas de su mando se distinguían siempre por su perfecta organización y disciplina.

Por antigüedad las más de las veces, y alguna vez por sus méritos, llegó al grado de coronel, que en la organización especial del ejército egipcio es de grande importancia.

Enemigo jurado de la influencia de Francia y de Inglaterra en las orillas del Nilo, fué el alma de la conspiración llamada de los coroneles que estalló el año pasado en el Cairo, y que ocasionó un cambio de Ministerio y la convocación de una Asamblea encargada de dotar á Egipto de una Constitución á la moderna.

Desde entonces fué Arabi-Bey el alma del nuevo partido que se formó con el nombre de partido nacional, y al que se adhirieron desde el primer momento el ejército y las principales fuerzas vivas del país.

Su entrada en el ministerio de la Guerra le permitió purificar al ejército, y colocar en los puestos más importantes á los jefes y soldados de mayor confianza.

Hace algunos meses dirigió una carta á los periódicos de Inglaterra en que se mostraba grandemente conciliador. Según declaraba, su programa consistía entonces en armonizar los intereses nacionales con los de Francia é Inglaterra.

Hoy sus ideas se han modificado bastante, y es seguro que no toleraría la intervención militar de Francia y de Inglaterra en Egipto sin intentar la resistencia más enérgica en los campos de batalla.

Se le atribuye el propósito de vender todas las antigüedades de Egipto para pagar con el producto de esta venta los créditos que contra el Gobierno del Cairo tienen los ingleses, los franceses y los italianos. Así libraría á su patria de la intervención franco-inglesa en la gestión económica del Gabinete egipcio, y quitaría todo pretexto á las demás grandes potencias para tratar de intervenir en las cuestiones que puedan surgir entre él y el Khedive.

Generalmente se le cree instrumento de la Puerta; pero no falta quien le crea instrumento de su ambición.

De todos modos, preciso es reconocer que está dotado de grande entendimiento, de enérgica voluntad, de una actividad asombrosa, y que tiene en Egipto una autoridad y un prestigio que no tiene nadie. Emplee estas grandes facultades en bien de su patria, mejor que como instrumentos de su ambición, y su figura se destacará más y más en medio de ese cuadro de enanos sin carácter y sin conciencia que nos ofrece esta época de grande y profunda decadencia intelectual y moral.

RECLUTAMIENTO DE TROPAS EN EGIPTO

El grabado que publicamos con este título representa la leva de tropas efectuada en Egipto para hacer frente con un armamento general á las contingencias de una ocupación europea.

La crisis por que pasa la nación de los Faraones es tan crítica, que no sería extraño que provocase una sublevación general de los árabes contra los europeos, y acaso la independencia del país de la autoridad del Khedive, el cual vive, por decirlo así, de lo que le prestan Francia é Inglaterra.

A pesar del estado de oscuridad en que hasta ahora ha permanecido este país, no le faltan elementos para una guerra imponente, de trascendencia para Europa. Arabi-Bey es hoy el amo del ejército, y á su voz se lleva á cabo el reclutamiento de tropas con una decisión y una actividad prodigiosas.

Nuestro grabado puede dar idea de los trajes y costumbres del país que en estos momentos embarca la atención de las naciones europeas.

SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL CAMINO EN LA DIÓCESIS DE LEÓN

En otro número daremos pormenores de la historia y devoción que inspira en la diócesis de León Nuestra Señora del Camino, visitada por numerosísima peregrinación de fieles en el mes de Setiembre, en que se celebra su fiesta. Como el santuario no tiene nada de notable en su parte artística, basta dar idea de él nuestro grabado, tomado directamente del natural.

De vez en cuando, según las vayamos adquiriendo, iremos publicando vistas de los santuarios más célebres de España, imanes, por decirlo así, de la piedad de nuestro pueblo.

MONSEÑOR GAUME

(Grabado inserto en el número anterior.)

Apenas hay católico de alguna instrucción que no conozca el nombre de este escritor ilustre que ocupa un lugar distinguido en la falange de los soldados valerosos que en este siglo han consagrado al servicio de la Iglesia su corazón y su pluma.

Juan José Gaume nació en 1802, de padres más ricos de virtudes que de bienes de fortuna, en el pintoresco pueblo de Juans, en el Doubs, adonde habían llegado poderosas las olas de la revolución embravecida. Fué desde muy niño devoto de la Virgen y de la Santísima Trinidad.

Ya mayorcito, apenas calmado el ardor de las pasiones revolucionarias, estudió latín y filosofía con grande aprovechamiento, y más tarde teología con no menor lucidez. Joven todavía fué ordenado de sacerdote, y en 1827, es decir, á los veinticinco años, obtuvo la cátedra de teología en el seminario de Nevers.

En el retiro de aquel Seminario empezó sus estudios literarios, que tanto renombre habían de darle luego.

Elevado más tarde al cargo de Rector de aquel Seminario, nombrado luego Canónigo y Vicario general de la diócesis, sus múltiples y variadas ocupaciones no le apartaron un momento de sus estudios favoritos.

Estuvo en Roma en 1841, y fué muy querido y estimado de Gregorio XVI, que le consultó diversas cuestiones de no escasa importancia.

De vuelta á Francia, fué nombrado Vicario general de Reims primero y luego de Montauban, y en 1854 Prelado doméstico de la Santidad de Pío IX, con título de Protonotario apostólico.

Desde 1851, que publicó su *Ver Rongeur*, hasta 1869, en que se durmió entre los hombres para despertar entre los ángeles, según fueron de cristianas su vida y su muerte, no dió un momento de descanso á su pluma.

He aquí los títulos de sus obras:

L'Angelus au XIX siècle; A quoi sert le Pape? Bethléem; Catéchisme de persévérance; Le Cimetière au XIX siècle; Credo; Histoire du bon larron; Histoire des Catecombes de Rome; Horloge de la Passion; Judith et Esther, Mois de Marie au XIX siècle; La Peur du Pape; La Profanation du Dimanche; La Révolution; La Vie n'est pas la vie; L'Eau bénite au XIX siècle; Le Signe de la Croix au XIX siècle; Le traité du Saint-Esprit; Les Trois Rome; Marie, étoile de la mer; La Religion dans le temps y dans l'éternité; Suema, y Voyage à la côte orientale d'Afrique.

Las principales de estas obras se hallan traducidas al castellano y agotadas las ediciones.

No es ésta ocasión de discurrir acerca de la famosa tesis de Mons. Gaume sobre el estudio de los clásicos griegos y latinos, tema ocasionado, como pocos, á polémicas como la que sostuvieron en Francia el difunto señor obispo de Orleans y *L'Univers* de París. Tiene esta teoría en España defensores tan decididos y eminentes como el Sr. Arnal, catedrático de literatura de la Universidad de Valencia, y adversarios no menos concienzudos é ilustres.

Hablando en conjunto de las otras de monseñor Gaume, podemos decir que todas tienen grande atractivo é interés, y que su estilo es claro y preciso. Sin embargo, su principal mérito consiste en ser profunda y exclusivamente católicas.

Despegado Mons. Gaume de todas las preocupaciones del siglo, pudo decir, como San Pablo, que no conoció sino á Jesús, y éste crucificado. Los paños calientes, los acomodamientos, las medias tintas, los paliativos jamás fueron para él, que iba siempre derecho al objeto, sin torcerse nunca poco ni mucho á la derecha ni á la izquierda. En vez de explicar un efecto por otro efecto, sistema que en definitiva no explica nada y rehuye la dificultad, se remontó siempre Mons. Gaume á las causas de las cosas, y pidió á la teología la verdadera luz que ilumina la historia de la humanidad.

BREVES NOTICIAS

DE LA ARQUITECTURA Y ÉPOCA DE LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA DE SAN JUAN BAUTISTA DE AMANDI, EN VILLAVICIOSA ¹.

No puede citarse con precisión el año en que fué edificada esta iglesia; peritos arqueólogos y anticuarios afirman que esta preciosa joya del arte bizantino data del siglo XI; en cuanto al triple arco ojivo del exterior, ó sea de la puerta mayor, hay quien hace más incierta la fecha de su construcción; pero lo cierto es que es bizantino en sus labores y en sus columnas, y por la semejanza que se deja ver en los adornos de uno de los arcos con el adorno del ábside, infieren los eruditos que es de una misma fecha. Esta es la opinión comúnmente admitida, por más que alguien sostenga lo contrario.

Nada hay comparable en su género á la capilla mayor de esta iglesia de Amandi, llamada por una venerable y dignísima persona *La perla de Asturias*, y con mucha razón. El ábside de esta capilla es una elipse oblonga, separada del cuerpo de la iglesia por un elegante arco semicircular de gruesas columnas. Dicho ábside se halla rodeado de dos órdenes de columnitas, sin que haya división alguna entre uno y otro orden más que un adorno en las curvas que forman de columna á columna. Sobre los capiteles de las primeras se hallan colocadas inmediatamente las segundas, que componen catorce arcos muy esbeltos. De columna á columna, como queda indicado, la pared forma una concavidad entallada de delicadas labores á la altura de los primeros capiteles, adornados éstos con diversos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, de los que una gran

parte no es fácil comprender. Los de arriba se hallan adornados con aves y hojas, y los colaterales al altar con mascarones. Tiene cuatro ventanas ensanchadas hacia el exterior del ábside, rematadas por arqueadas, cuya hermosura en nada cede al interior, hallándose también columnas sobrepuestas entre arco y arco desde el techo al suelo.

En el año 1780 esta capilla mayor amenazaba ruina, y el celoso é ilustrado párroco D. José Caunedo y Cuenllas, de grata memoria, la repuso en el mismo estado, dirigiendo por sí mismo la obra, habiendo numerado antes todos los sillares que la componían; cuya obra, llevada á cabo por el citado párroco, además de merecer una página de gloria en la historia de la Arqueología cristiana, admira á todos los que la visitan por haberla llevado á cabo sin desfigurar en lo más mínimo su arquitectura y adornos, debiéndose por lo tanto á él la conservación, y también á los dignos párrocos que después le sucedieron.

S. PINEIRA Y ZARRACINA.

MOISES

(Poema de Alfredo de Vigni)

Á DON RAMÓN ANGEL JARA

I

El sol rozaba con las tiendas blancas
Su rayo moribundo y declinante,
Cendal dorado que en los aires deja
Cuando en lecho de arenas va á acostarse,
Revestiendo su pálido reflejo
La campiña de púrpura y de jalde.
Moisés, hombre de Dios, trepa en silencio
De Nebo el monte, en su tristeza grande;
Se detiene, y tranquila la mirada
Por el vasto horizonte humilde esparce.

Distingue á Phasga envuelta en sus higueras,
Y sentados al borde de los valles
A Galad, Manases, y Efraín mira
Entre vegas risueñas y feraces,
Y arrullando á Judá, la mar dormida
En sus yermos y extensos arenales.

Mas allá tiembla Neftalí en la sombra
Al rumor de sus tristes olivares;
En su planicie de odorantes flores
A Jericó abanicen los palmares,
Y hasta Segor, sus bosques alcanzando,
Phogor extiende sus colinas suaves.

Vió la tierra feliz que su sepulcro
No admitirá jamás; Moisés lo sabe;
Triste miró; su mano á los hebreos
Tendió potente y prosiguió adelante.

II

En tanto, el campo de Moab llenando
Reunido al pié de la montaña santa,
Como miés sacudida por el viento
Israel en el valle se agitaba.

Desde la hora en que el prístino rocío
La sed de las arenas fresco apaga,
Y columpia sus perlas temblorosas
Que la noche lloró sobre las ramas,

A hablar con el Señor había partido
El anciano profeta, triste el alma,
Y á los rayos de luz de su cabeza,
Seguía el pueblo aún con la mirada.

Moisés alcanza la sublime cumbre
Y á la nube de Dios, su frente horada,
Que el monte de relámpagos corona
Y de silencio y misteriosa calma.

Arde el incienso en el altar de piedra;
De las espiras por el sol doradas
A la sombra, las frentes en el polvo,
Los cantares de Dios el pueblo canta.

Los hijos de Leví sobre las turbas,
Con sus arpas los cantos acompañan,
Entre arenal revuelto, semejando
Un bosque de ciprés que se levanta.

III

Y ante el Dios de Siná de pié el profeta,
Cara á cara le habló en la nube oscura:

— Señor: ¿mi vida inquieta
Jamás acabará? Viví potente,
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra...
¿Qué os hice yo, Señor, para que hicieseis
De mí vuestro elegido?

Vuestro pueblo llevé do lo quisisteis;
Llegó, por fin, al suelo prometido.
De Vos á él la mediación divina
Que otro acepte por mí; que enfrente otro
De ese Israel el indomable potro,
Y yo le lego entonces
Mi libro y mi inmortal vara de bronce.

IV

¿Por qué quisiste la esperanza mía,
De ser hombre feliz en mi ignorancia,
Desvanecer un día,
Si desde Nebo hasta la roca fuente
Tumba no hallé para mi helada frente?
Sabio entre sabios, del errante pueblo
Los pasos dirigi; sobre los reyes
Mi voz hizo llover lluvia de fuego,
Y el porvenir muy luego
Arrodillado adorará mis leyes.
Abrí la tumba del mortal primero,
Y la muerte en mi voz halla un acento
Profético y austero.
Soy grande, soy muy grande...
Mi pedestal coloso,
Que ante mí ser anonadado yace,
Son pueblos y naciones:
Mi brazo poderoso
Generaciones mil hace y deshace.
Viví, Señor, potente;
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

V

De los cielos penetro los secretos,
Mando á la noche desplegar sus alas,
Y á mis ojos prestasteis
La fuerza de los vuestros,
Con que al principio el caos inflamasteis.
Numeré por sus nombres las estrellas,
Y á un leve signo de mi mano alzada,
Cada una se presenta apresurada.
Y mis manos impongo
Del nubarrón en la abrasada frente,
Y arranco de su seno
De las tormentas la espumosa fuente.
Entrego las montañas
A las alas sin rumbo de los vientos;
En arenas sepulto las ciudades,
Convertidas en yermas soledades;
Es mi planta más fuerte que el espacio,
El río de las aguas sin barrera
A mi paso detiene su carrera,
Y sus líquidos montes congelados,
Son de mi pueblo colosal palacio,
Y hasta su voz bravía
Calla aterrada al escuchar la mía.
Ni pueblo sufre y vuestras leyes pide;
Alzo mis ojos, vuestro ser sublime
Llena mi ser; y, ante mi voz tranquila,
Se vela el sol, la inmensidad vacila;
Los ángeles, celosos,
A mi redor anonadados giran,
Y os miran, y me miran, y se admiran;
Y Señor poderoso,
En mi gloria y poder no soy dichoso.
Me hiciste envejecer grande y potente,
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

VI

Así que vuestro soplo
Llenó al pastor en medio á su rebaño,
Los hombres se miraron
Y dijeron: ¿quién es? nos es extraño.
Y los ojos bajaban
Ante los míos, do chispeaba un fuego
Que les mostraba en mi mirar sombrío
Algo más que mi alma,
Más que el antiguo pensamiento mío.
La amistad y el amor me abandonaron;
Y temiendo morir si las miraba,
Las vírgenes huían,
Y miedosas, al verme, se escondían.
Envuelto entonces en la columna negra
Mi ser olvido, mi esperanza inmolo,
Y camino ante todos
Triste en mi gloria y en mi gloria solo.
Y dije al corazón: ¿qué busco ahora?
Para dormir soñando sobre un seno
Mi frente es muy pesada;
Mi mano deja el hielo
En la mano que toca,
En mi acento retiembla la tormenta

¹ Véase el núm. 47 del tomo V.

Y fulgura el relámpago en mi boca.
Y así, lejos de amarme,
Hélas allí temblando anonadadas;
Y cuando abro los brazos,
Caen á mis plantas mudas y aterradas.
Viví, Señor, potente,
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

VII

Temiendo el pueblo en tanto
Del Dios celoso las tremendas iras,
Oraba, sin mirar el monte santo;
Que, si alzaba la vista un punto solo,
La tempestad bravía
En la nube sus rayos revolvía.
Y sus chipas ardientes
Quemaban las miradas
Y abrasaban las frentes,
En el polvo temblando sepultadas.
Reapareció muy pronto
El monte sin Moisés.... El pueblo entonces
Al profeta lloró.... Palideciendo
Josué, abrumada la inspirada frente,
Guiaba al pueblo al suelo prometido:
Era ya el elegido
Del Dios de Sabaoth omnipotente.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN (poeta chileno).

Santiago, 25 de Agosto de 1875.

LA SEÑORITA DE NEUVILLE

NOVELA

DE MATILDE BOURDÓN

traducida para *La Ilustración Católica* por la M. de C.

PARTE PRIMERA

I

LA EMIGRACIÓN

Era el año de 1792, en que se veía agonizar día por día la antigua monarquía francesa. Había pasado Junio con sus escenas de ultrajes, que enseñaban al pueblo cómo se quita la corona á los reyes; había concluido Julio con sus días de angustia; Agosto había recorrido su sangrienta carrera, y visto desde los primeros días á su rey cautivo y á sus súbditos inmolados; Setiembre acababa de espantar á Francia con la matanza en las prisiones: reinaba el crimen, y aunque todavía el terror no se había entronizado en el solio del poder público, todo lo que antes era poderoso y respetado, inclinaba la cerviz; la nobleza era una señal de destierro, la riqueza una amenaza de despojo, la virtud, la piedad, una sentencia de muerte. En las provincias como en París, la mayor parte de los desgraciados nobles habían emigrado; algunos, sin embargo, no se habían podido decidir á tomar el camino del destierro: los unos detenidos por el amor del suelo natal, los otros por una crédula confianza en sus antiguos vasallos, otros por dificultades invencibles de posición, y estos tres motivos combinados habían contribuido á detener en Francia al marqués de Neuville, cuya historia es el asunto de las páginas que se van á leer.

Habitaba, como lo hicieron sus padres, un castillo antiguo situado en los confines de la Picardía y del Artois, en una bonita posesión con bosque, regado por el río Authie, y en cuyos últimos horizontes se veían levantarse las encinas seculares del bosque de Crecy. No lejos de su castillo se admiraba, antes del año 1791, fatal para las cruces y los campanarios, la antigua abadía de Dommartin, de la Orden de los Premostratenses, célebre por la morada y las reliquias de Santo Tomás de Cantorbéry. Noble muestra de arquitectura gótica, la abadía había subsistido intacta á través de los siglos, de las tempestades, de la guerra; su gran iglesia, el refectorio, la sala capitular, los claustros llenos de sepulcros; pero un solo año de revolución le había hecho más daño que los largos inviernos y las luchas civiles; la morada sagrada estaba desierta; sus habitantes, ancianos y jóvenes, habían huído; los tejados, rotos y levantados por los invasores, habían dejado pasar la lluvia hasta las bóvedas, y en el santuario donde taptos peregrinos habían venido en otro tiempo á invocar al Obispo mártir, pacían los rebaños; los bueyes y vacas se acostaban sobre los sepulcros, y arrecido con el frío de las noches, el cordero balaba en el sitio donde estuvo el altar. Todos los días caía una piedra de este edificio por tanto tiempo respetado.

El castillo, más afortunado, quedaba aún en pie; el escudo de sus dueños permanecía aún intacto en

la fachada del edificio; la veleta señorial daba todavía vueltas hacia el viento, y las chimeneas del castillo echaban humo como antiguamente. El marqués de Neuville no se había podido decidir á dejar la casa de sus padres; se creía bien guardado por los servicios hechos y recibidos; por la protección, por la abnegación, por la vida en común bajo el mismo cielo; por la sangre derramada en las mismas batallas; por todos los lazos, en fin, que antiguamente unían al señor con los vasallos, al amo con los criados, al propietario benéfico con los labradores y los pastores. Además le encadenaba aún otra razón. Adriano de Neuville había pasado su juventud y los mejores años de su vida en el mar, y en las posesiones francesas de las Indias había servido con distinción y valor; y cuando se había decidido á descansar tenía cincuenta años, nobles recuerdos en su memoria, pero una profunda soledad en el fondo del corazón. Sus padres habían muerto, sus contemporáneos estaban dispersados; tres hermanas que antes alegraban el castillo paterno, una era religiosa en la abadía de Nuestra Señora de la Paz, cerca de Douai; la segunda había muerto joven; la tercera, casada con un noble normando, vivía en una pequeña posesión cerca de Avranches. Se encontraba el antiguo oficial de marina solo, y el castillo de Neuville le parecía demasiado grande. Visitó sus vecinos de campo, y en casa de uno de ellos, que pertenecía á la familia de Lameth, poderosa en este país, encontró una joven huérfana, cuya hermosura le llamó la atención, y cuya gracia y dulzura cautivaron irremisiblemente su alma. Delfina de Saint-Odon estaba sola también; vivía bajo la dependencia de sus parientes, de sus aliados; no tenía otra dote que algunos terruños que bastaban en aquel tiempo á satisfacer el orgullo de las jóvenes nobles, y parecía que sacaba de este desamparo en que vivía sentimientos de benevolencia para los demás, y ese atractivo de la debilidad, que es muchas veces tan poderoso sobre las almas varoniles. Adriano de Neuville la amó, y después de haber deliberado consigo mismo, después de haber rechazado y acogido esta idea, concluyó, vencido por la batalla que se daba en su corazón, por pedir en casamiento á la bella huérfana.

En aquel tiempo no hacían caso del consentimiento de las jóvenes; sin embargo, Delfina consintió en su fuero interno sin repugnancia, y con un movimiento de confianza y de gozo puso su pequeña mano en la del marqués. Neuville, el antiguo castillo, volvió á estar alegre, y al mismo año del castillo le pareció que volvía á su primera juventud, porque volvía á sus felicidades.

Nació una niña de esta unión, y la marquesa iba á ser madre otra vez cuando empieza esta historia.

Cualesquiera que fueran las razones, tomadas ó en el temor del porvenir, ó en la esperanza de una resistencia más honrosa, que hubieran impulsado á los nobles á la emigración, el marqués Adriano no había admitido ninguna de ellas; la idea de separarse en estos momentos de temor de su esposa y de su hija, ó de exponerlas á todos los azares del destierro, era para él insostenible. Esperaba tenerlas escondidas en el fondo de sus bosques mientras que durara la tormenta; esperaba que sus colonos, que sus trabajadores, á quienes siempre había estimado, le ayudarían á defender sus dos tesoros. Tal vez con una mujer de más edad y con un carácter más firme, hubiera preferido arrostrar las miserias de la emigración; pero Delfina, tímida de carácter, delicada, sin estar acostumbrada al trabajo y al sufrimiento, le dejaba toda la responsabilidad de su suerte, y creía haber obrado bien no exponiéndola á pruebas superiores á sus fuerzas.

El porvenir estaba velado; parecía que las escenas tumultuosas de Junio, de Agosto y de Setiembre habían sido efecto de una corta efervescencia; el Terror, el Comité de seguridad pública, el cadalso instalado en las plazas, no se preveía.

Se quedó, pues.

II

EL MAYORDOMO

Setiembre, que es tan hermoso en el norte de Francia, brillaba sobre el castillo de Neuville; un sol radiante alegraba su fachada gris y echaba lentejuelas de oro entre las hojas de los árboles; las flores de otoño, las rosas tardías, las escabianas, las margaritas, los heliotropos, las balsaminas, alegraban las platabandas, y se veía deslizarse entre las enredaderas los pliegues de un vestido rosa y el saquito blanco de una niña, se oían voces jóvenes, y de cuando en cuando una carcajada infantil salía como un cohete de en medio de las flores. El marqués, de pie en la ventana de su gabinete, miraba este jardín tan bonito, que él había formado para recreo de su mujer; seguía con la vista amorosamente el traje blanco y el vestido rosa; escuchaba

estas notas alegres y suaves que se perdían en el aire; voz de madre joven que llamaba, voz de niña que respondía: el universo para él estaba allí, entre estas verdes murallas, estas risueñas estatuas, esta fuente y este jardín de rosas. A una llamada más viva de su mujer, que decía: «Carlota, ven; vas á derramar la regadera,» suspiró como si saliera de un sueño, y volviéndose á la mesa, cubierta de papeles, volvió á coger una carta que ya había leído muchas veces, y que aún leyó otra vez con una expresión mayor de horror y de desprecio.

(Se continuará.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

El azúcar como medicamento.—Hace apenas doscientos años que se decía que un mercader cualquiera sin gran provisión de mercancías, «era un boticario sin azúcar.» Esta frase merece conservarse hoy, porque una tienda sin azúcar está incompleta.

El azúcar ocupa el primer puesto entre las sustancias que la medicina emplea. Con ella endulza casi todas las bebidas de los enfermos, haciéndolas menos desagradables y más fáciles de tomar.

Sería preciso pasar revista á toda la materia farmacéutica si se hubiera de hacer mención de los innumerables jarabes, grajeas, pastillas, conservas, opiáceas, etc., en cuya composición entra el azúcar.

El azúcar por su acción propia, especial, debe estudiarse como medicamento interno y externo.

En el primer caso, se encuentra en él un pectoral seguro, un estomacal serio, un digestivo útil, un analéptico poderoso, y en ocasiones un contraveneno. En el segundo caso, tiene cualidades tóxicas y consuetudinarias.

Para nadie ofrece duda que el azúcar es un pectoral seguro. Todo el que haya estado constipado y se haya metido un terrón de azúcar en la boca, puede decir cómo le ha facilitado la expectoración y suavizado la garganta.

Es inútil, pues, insistir sobre este punto; pero conviene añadir que entre los antiguos, como entre los modernos, algunos médicos atribuyen al azúcar la virtud de curar la tisis, ó cuando menos de paliarla. Si Avicena aconsejaba el jugo de los vegetales saccharinos, llamado «sal india,» en la consunción pulmonar, el doctor Calwerigh, por su parte, asegura haber curado tubérculos con azúcar en estado nativo, como lo ha referido, en 1853, la *Revista de Terapéutica*.

Gran número de sabios proclama las cualidades estomacales y digestivas del azúcar. Andral cita el caso de una joven atacada de una afección crónica de las vías digestivas, que vivió mucho tiempo sin tomar más que una libra de azúcar por día y una taza de caldo frío.

Burolan, de Angers, que sostuvo en la Facultad de París una tesis sobre el azúcar, escribe: «Todos los autores que han tratado del azúcar, reconocen sus ventajas para facilitar la digestión.»

El doctor Fonssagrives, profesor de higiene en la facultad de Montpellier, estudiando la cualidad que tiene el azúcar de restablecer las fuerzas, se expresa así: «El azúcar pertenece á la clase de los alimentos llamados analépticos. Su virtud alimenticia es extraordinaria, y lo prueba la parte de residuos excrementicios. De aquí la opinión vulgar de que el azúcar extriñe. Es un error. No hay excremento, porque se asimila casi por completo.»

No es extraño, pues, que Hunter haya preconizado el azúcar después del tratamiento neutral, como la sustancia más capaz de restablecer la economía deteriorada. Favre, fundador de la *Gaceta de los Hospitales*, ha reconocido en la sustancia que nos ocupa cualidades de contraveneno. — Dió óxido de cobre á dos perros, dejando á uno completamente abandonado, y dando al otro una gran cantidad de azúcar. El primero murió á las siete horas. El segundo vivió.

También en la especie humana son numerosos los casos en que el azúcar ha servido de antídoto.

Mezclado con polvos de carbón es un excelente dentrífico. Por fin, el azúcar es una sustancia que alimenta, sazona y cura.

Procedimiento para horadar el cristal.—Deslíanse 125 partes de sal de acederas en 60 partes de trementina, añadiendo un diente grande de ajo en pedazos, y déjese macerar durante ocho días, meneándole de tiempo en tiempo.

Cuando se quiera horadar el cristal se pone una gota de esta composición en el punto elegido, y se atraviesa con un trócar. Este procedimiento parece empírico, pero siempre da buen resultado.

LAS TORMENTAS Y EL TEMOR DEL RAYO

Personas hay de suyo valientes y avezadas, como los militares y marinos, á desafiar la muerte á cada paso, que se sienten impresionadas por el resplandor del rayo, á pesar de las pocas probabilidades que ha y de perecer á sus iras.

No obstante, como los casos de muerte por efecto de una centella son más numerosos de lo que el vulgo cree, vale la pena de exponer los medios más accesibles al hombre para ponerse un tanto á cubierto de sus efectos.

Primeramente, la luz de los relámpagos y el ruido del trueno debieran más bien tranquilizar que sobresaltar. El que percibe cualquiera de ambas cosas ha salido ileso del golpe, y si al siguiente debiera ser herido no experimentaría absolutamente impresión ninguna, quedaría anonadado en una millonésima de segundo, que es la velocidad con que hiere el rayo, y en tan brevísimo tiempo no le queda lugar al cerebro de percibir.

La experiencia de gente que ha vuelto en sí después de herirles el rayo prueba de sobra lo que antecede, pues todos han asegurado no haber experimentado nada.

Mas si á pesar de eso se quiere persistir en tener temor, téngase en cuenta que el peligro de ser víctima de una centella no existe durante toda la tempestad, sino en los cortos momentos de cruzar sobre nuestras cabezas la nube fulminante.

Trueno y relámpago se producen á la vez, resultando el primero del sacudimiento que la chispa eléctrica produce entre las capas de aire que atraviesa. El retumbar es efecto de la serie de ondas sonoras engendradas por las chispas, que llega sucesivamente á nuestro oído.

Ahora bien; como la electricidad y la luz llegan al suelo instantáneamente, y el sonido sólo recorre 337 metros por segundo, bastará multiplicar esta cantidad por el número de segundos que tardamos en oír el ruido desde que vimos el rayo, y se tendrá una medida exacta de la distancia á que este ha caído.

Nada de esconderse, pues, y abrigar espantos infantiles en tanto que el trueno tarde unos segundos en dejarse sentir después de la aparición del relámpago, pues no corremos todavía la menor contingencia de ser sus víctimas.

¿Y cuando ya está muy cerca? Entonces hay un momento crítico que pasa, pero es un momento sólo, durante el cual cabe tomar algunas precauciones para evitar un tanto el peligro.

Si se está en el campo, hay que huir de los lugares elevados, como colinas, árboles, torres, campamentos é iglesias. Están los labriegos en la creencia de que ciertos árboles son protectores porque no les toca jamás el rayo. Está esa creencia, que viene de los chinos, totalmente desprovista de fundamento.

Todos los árboles son conductores de electricidad, y pueden ser heridos: son unos pararrayos sin comunicación suficiente con el suelo, y atraen por consiguiente la electricidad. Un paraguas puede servir de preservativo con tal de colocarlo sobre una percha, é irse á aguantar filosóficamente la lluvia á unos 10 metros de distancia. Si el rayo debiera caer cerca, escogería el paraguas, y como estaría empapado de agua, constituiría una superficie conductora.

Evitar asimismo en el campo las hondonadas, donde se recogen las aguas, y dar la preferencia á las pendientes, pero siempre á gran distancia de las cumbres.

En poblado como en el campo quitarse de encima todos los objetos metálicos, como monedas, joyas, llaves, etc., huir de los rincones, chimeneas, puestos por donde pasan canalizaciones, y sobre todo de la cocina, donde suele ir el rayo atraído por los muchos objetos de metal que en ella se encuentran. Lo que conviene es colocarse en el centro de los cuartos, pero sin agruparse, cada cual en el suyo.

Ciérrense puertas y ventanas, y córranse las cortinas, pues las corrientes de aire pueden facilitar el paso de la centella. Las cortinas sirven para preservar el ánimo y el ojo de la impresión del rayo; precaución no despreciable, toda vez que ha habido casos de observadores sobrado atrevidos, á quienes la luz de un relámpago ha dejado ciegos.

Es inútil pensar que uno se pondrá al abrigo cubriéndose con vestidos de seda, ó sentándose sobre taburetes aisladores de cristal ó resina; el rayo se ríe de estos preparativos si ha resuelto tocarlos, y barre cristal y seda con la mayor facilidad del mundo.

La mejor precaución que pueden tomar las personas impresionables es bajarse al sótano, donde

rarísima vez llega el rayo, pues las gotas de lluvia que mojan las paredes y el suelo lo desvían en mil direcciones.

Los seres organizados no tienen todos igual predisposición á ser heridos por el rayo. Ciertos hombres quedan preservados al lado de otros que son víctimas.

La estadística pretende que el rayo deja especialmente de tocar á las mujeres. Aquí hay que creer que la estadística habrá querido ser galante en detrimento de la verdad. Si se encuentran más víctimas entre los hombres que entre las mujeres, será porque siempre hay más hombres al raso que mujeres en tiempo de tempestad. No obstante, es positivo que los animales suelen ser heridos más gravemente que el hombre. Carneros, bueyes, caballos, perros, gatos, suelen caer muertos en ocasiones en que el amo ó pastor queda ileso. La centella que cayó en la iglesia de Chateauf, matando á nueve personas é hiriendo á ochenta, no dejó con vida ningún animal de los que estaban dentro.

¿Acaso la compañía de los animales podría garantírnos de los efectos del fuego del cielo? El perro, amigo del hombre, ¿podría por ventura ser todavía pararrayo de la casa?

MISCELÁNEA

Es verdaderamente prodigiosa la aplicación que dan al teléfono los norte-americanos.

En Denver, población bastante importante de aquella República, hay una compañía que, mediante una retribución de 10 ó 12 pesetas mensuales, establece en cada casa un teléfono, comunicando directamente por medio de alambres con la oficina central de dicha Compañía.

Cuando un individuo quiere ponerse en comunicación, ya sea con un comerciante, médico, abogado, etc., avisa á la oficina por medio del aparato la calle y la casa que quiere comunicar. Pocos segundos después se le contesta que está expedita la comunicación, y entonces se entabla un diálogo que se prolonga todo el tiempo necesario.

Si se considera el número de veces que entre unos y otros habitantes de la población se estarán reproduciendo estos hechos, fácilmente podrá com-

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

PARA EL CULTO DIVINO

EN LATON BARNIZADO Y PLATEADO

Atriles.	Cetros.	Hisopos.	Navetas.
Calderillas.	Ciriales.	Hostiarios.	Sacras.
Candeleros.	Cruces.	Incensarios.	Varas (pálio).
Campanillas.	Custodias.	Lámparas.	Vinageras.

Cálices y copones, copa de aluminio, con baño de oro fino.

Manuel García, Atocha, 45, Madrid.

BANCO ECONÓMICO NACIONAL

Calle del Turco, 13, Madrid

CONSTITUCIÓN DE CAPITALES

Por medio de los billetes comerciales, obligaciones amortizables, pagarés de capitalización y bonos de ahorro.

Operaciones de banca y giro, emisiones de valores.—Seguros, negociaciones inmobiliarias.—Pídase prospectos.

PILDORAS DE BRISTOL

CURAN RADICALMENTE

Todas las Afecciones del Hígado.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DE LA PENINSULA.



COMPañía COLONIAL

ROMA 1868

MEDALLA



DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal..... Calle de la Montera, núm. 8.

Librería Católica de S. José

EL MATRIMONIO CANÓNICO

y

EL MATRIMONIO CIVIL

por el doctor

D. NICETO ALONSO PERUJO
Precio: Dos pesetas. Los pedidos á los Sres. G. Tejada y Compañía, Arenal, 20 Madrid.

A. MENARD

ENCUADERNADOR Y DORADOR

sobre

pieles, papeles y sedas.

Especialidad de encuadernaciones francesas.
Se ponen cifras, escudos y adornos en chagrin, terciopelo, etc., etc.
Calle de Cervantes, 15, Madrid.

OBRAS COMPLETAS

de

SANTA TERESA DE JESÚS

ordenadas y adicionadas por el

DR. D. VICENTE DE LA FUENTE

Novísima edición esmeradamente impresa en seis volúmenes en 4.º, adornada con un precioso retrato de la Santa, grabado en acero. Se vende á 20 pesetas el ejemplar en todas las librerías de esta corte y en el despacho de la Compañía de Impresores y Libreros del reino, á cargo de D. Juan Antonio Alcega, calle de San Bernardo, núm. 92, donde podrán dirigirse los señores librerías para obtener las bajas de costumbre.

EL MISAL Y EL BREVIARIO

DEL ORGANISTA

por B. Iñiguez

Esta obra, utilísima para los maestros de capilla, organistas y cuantos se dedican al estudio del órgano, contiene las composiciones necesarias para todos los actos religiosos que se celebren en la Iglesia desde el 1.º al último día del año. Se publica por entregas mensuales de 40 páginas, á 3 pesetas.

A. ROMERO A.

1 — PRECIADOS — 1

MADRID

VAPORES-CORREOS del MARQUÉS de CAMPO

LINEA TRASATLÁNTICA

Servicio mensual regular con itinerario fijo. El vapor-correo

SAN AGUSTÍN

saldrá del puerto de Santander el 18 de Julio del corriente año para los de Coruña, Vigo, Habana, Puerto-Rico, Progreso y Veracruz. Admite carga y pasajeros para dichos puertos directamente, y para los de Ponce, Mayagüez, Puerto-Plata, Santo Domingo, La Guayra, Santiago de Cuba, Barraco, Gibara, Nuevitas, Kingston, Cartagena, Santa Marta, Barranquilla y Colón, con trasbordo á los vapores-correos del Marqués de Campo que hacen el servicio entre las Antillas y Golfo de Méjico.

PARA FLETES Y DEMAS ANTECEDENTES: En Madrid, Oficinas del Excmo. Sr. Marqués de Campo, Calle del Cid, núm. 7. En Santander, D. Francisco Aguilar. En la Coruña, Sres. Rávena y Closas. En Vigo D. Antonio Lopez Neira.

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

obra á que han concedido su aprobación y bendiciones los Eminentísimos Señores Cardenales y Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos de España, que también se dignan colaborar en ella: escrita además por nuestros primeros escritores católicos, así sacerdotes como seglares, bajo la censura del

REVERENDO PADRE D. FIDEL FITA, S. J.

Publicada con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica.

Esta obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelio propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneira, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos en folio mayor, de excelente papel y clara aunque compacta impresión á dos columnas, repartiéndose por cuadernos á 24 páginas, con una lámina grabada en acero, litografiada ó oleográfica, copiando, siempre que sea posible, los mejores cuadros de los grandes artistas españoles ó monumentos referentes á los mismos Santos. El precio de cada cuaderno, que contiene la lectura de un tomo en 8.º, inclusa la lámina, á pesar del gran lujo de la edición será sólo de UNA PESETA CINCUENTA CENTIMOS; de modo que, repartiéndose á lo más cuatro cuadernos mensuales, el gasto de cada mes podrá ser á lo sumo SEIS PESETAS.

Se admiten suscripciones en las oficinas de la casa editorial de D. Modesto Riera y compañía, PELIGROS, 20, Madrid, y en las principales librerías y administraciones de los periódicos católicos.

prenderse que sólo el vasto y emprendedor carácter de los *yankees* es capaz de realizar semejantes prodigios.

El Banco Vitalicio de Cataluña, establecido en Barcelona, calle de San Honorato, acaba de merecer una distinción que le honra sobremanera. El *Boletín eclesiástico* de la diócesis ha hecho de su crédito y operaciones una recomendación especial, proponiéndole como Caja segura de Ahorros á los sacerdotes y comunidades religiosas.

El Banco Vitalicio de Cataluña es ya hoy el cagero de algunas comunidades, entre las que puede citarse la de Madres religiosas de Barcelona, cuya imposición asciende á un millón de reales, parte del producto de la venta de su antiguo convento.

Felicitemos á este gran establecimiento de crédito, que está llamado á prestar importantes servicios al clero y á las clases laboriosas que prevén con el ahorro las contingencias y peligros de lo por venir.

Tenía un íntimo privado el rey Fernando V, el cual, según cuentan, era una especie de *factotum* ó consejero general de aquél. No llegaban á noticias de S. M. relaciones de sucesos estupendos, como robos, asesinatos, desórdenes, duelos, riñas, escándalos, etc., etc., de las que por escrito se diese conocimiento á Palacio, que no fiara de la sagacidad, astucia, ingenio, travesura é inteligencia de su privado, el que llegasen á ser descubiertas y aclaradas. Llamábase el tal cortesano Vargas Machuca, y de ahí que el Rey, al enterarse de cuanto de aquel género se le comunicaba, escribiera al margen este lacónico y expresivo decreto: *Averigüelo Vargas*. Sabido era que Vargas lo averiguaba al fin, y la justicia se hacía merced á sus acertadas disposiciones.

Nosotros hemos tenido ocasión de ver en la Biblioteca del Escorial documentos originales con el decreto marginal aludido, cuya frase ha llegado hasta nosotros, y hoy corre de boca en boca á guisa de refrán apenas se hace alusión á cosa secreta.

Un pintor que había pintado un cuadro representando un muchacho que conducía una cesta llena de frutas, con objeto de hacer valer en una ocasión su trabajo, dijo que aquellas frutas parecían tan natu-

rales que los pájaros venían á picarlas. Un campesino de buen criterio que estaba oyendo estas alabanzas, contestó: — «Ciertamente, que si las frutas están bien pintadas el muchacho debe estarlo pésimamente, porque si estuviese bien, los pájaros tendrían miedo de acercarse á él.» El pintor, humillado ante aquella verdad sin réplica, dió la llamada por respuesta.

Acaba de bajar al sepulcro el joven D. Manuel Noguera, cuya precoz inteligencia, acendrada piedad y laboriosidad incansable eran encanto de los que le conocían y gloria de sus cristianos padres.

Era tan amante de LA ILUSTRACIÓN, se había aficionado tanto á sus modos de apreciar el arte español, á la poesía de las ruinas, al estilo de sus redactores, que era propagador incesante del periódico y lector tan asiduo que esperaba los números con impaciencia y los devoraba con entusiasmo.

LA ILUSTRACIÓN corresponde á tanto amor depositando sobre su sepulcro este recuerdo, y enviando á sus padres la expresión de nuestro dolor por tan irreparable desgracia.

Descanse en paz y ruegue por nosotros.

Día vendrá — nos decía seriamente un pintor amigo nuestro — en que habrá cuadro que llegue á venderse en un millón de francos. Pero es sensible que al pobre autor no venga á tocarle ni el polvo de ese millón.

El distinguido aficionado y coleccionista, que fué íntimo de Millet, Alfredo Seusier, quien al morir

hubo de dejar una biografía manuscrita del maestro, ha contado minuciosamente la historia del cuadro conocido por *L'Angelus*, y del cual tanto han hablado los cronistas. En el año 1859, escribe Seusier, acabó Millet su cuadro; en su pintura, de una concepción verdaderamente original, parece como que intenta expresar ya el ruido, ya las voces y los sonidos: era su obra predilecta.

Cuando por primera vez lo vi, continúa Seusier, se hallaba ya casi concluido; preguntó si me gustaba, á lo que le contesté:

—Y tanto; parece oírse la campana.

Me miró satisfecho, y añadió:

—Usted me ha comprendido perfectamente. Es cuanto deseaba saber

de usted, mi querido amigo. Necesito venderlo.

Me lo mandó á París, donde Arthur Stevens lo observó mucho, gustándole en extremo. Dos meses se pasaron en visitas y tratos que no se ultimaban. Por fin, un hombre de gusto lo llegó á comprar, M. Van Praet, ministro de Bélgica.

Mr. John Wilson se lo compró á M. Van Praet por 3.600 francos. Poco después era grabado por Waltener y litografiado por Emilio Vernier.

Cuando Millet lo estaba concluyendo, un aficionado se permitía vender á bajo precio en el hotel Dronot cuatro cuadros suyos, y el Jurado del salón de pinturas rehusaba admitir una de sus más bellas obras: *La muerte y el leñador*, lo cual hacía exclamar al desventurado Millet:

—Será necesario valerse de lo trivial para la expresión de lo sublime.

Desechábasele como á un paleta. Y amenazado de embargo, falto de fuerzas, casi sin alimento, escribía un día crudo de Enero:

«Sólo tenemos leña para dos ó tres días; no sabemos, pues, cómo nos la hemos de procurar, porque sin dinero no cabe comprarla. Mi mujer parirá el próximo mes venidero y no tendré nada... ¡nada! Haré dibujos, que es, por último, el recurso extremo que me queda.»

Aquellos dibujos se los pagaban acaso á diez francos.

¡Y veintidos años después llega á valer uno de sus cuadros 160.000 francos!

Tipografía Gutenberg, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.



SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL CAMINO EN LA DIÓCESIS DE LEÓN.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

EDITOR GERENTE

D. MODESTO RIERA

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid